

***LA CORRUPCION ADMINISTRATIVA:
UNA SOCIEDAD VICTIMA Y CÓMPLICE.***
Vivencias de un funcionario público

Autor: Wilfredo Acosta Torres

Contenido

Introducción	4
Un Silencioso e Invisible Proceso Corruptor	8
Guerra abierta a los matraqueros	8
La corrupción no es privativa de los mas pobres, los menos instruidos ni de los mas viejos	12
Para bailar se necesitan dos	16
El Duro Trabajo de un Funcionario Honesto.....	18
Caramelitos y otros obsequios.	19
Si no funcionan los regalos aparecen las amenazas.	21
Laborando con el enemigo.....	28
Un punto crucial: apoyo o falta de respaldo de los jefes.....	31
Mas malos ratos	34
La institución pública ciega, sorda y muda ante la corrupción	41
Un tema tabú	41
El funcionario nuevo es el mas indefenso	42
Cuando a la propia comunidad no le interesa la transparencia	44
El funcionario honesto que actúa en solitario no llegará lejos	47
Mi arma secreta	50
La corrupción es vista como un problema ajeno al ciudadano común.....	55
Familiares y amigos con frecuencia contribuyen a los deslices del funcionario.	55
¿Meros espectadores?	62
“Muchachos: Lo importante no es la corrupción, sino que se hagan obras”	64
El lado privado del circuito corrupto	66
La doble moral de algunos revolucionarios.....	69
La asignatura Moral y Cívica una oportunidad poco aprovechada	75
Epílogo	78

Dedicatoria:

Al Sr. **Alfonzo González Artavia** (+), ejemplo maravilloso de un latinoamericano (costarricense de nacimiento y venezolano por siempre) para quien el desempeño honesto y servicial fue un principio vital

Introducción

- _ ¿Te enteraste que acaban de botar a Matilde por matraquera, la muchacha simpática que trabajaba en Hacienda?
- _ ¿Pero, no era nueva?; creo que tenía apenas tres meses en la alcaldía
- _ ¡Así es!, pues resulta que la han pillado pidiéndole dinero a unos contribuyentes para entregarles mas rápido la solvencia municipal
- _ ¡Que tal! Por cierto, ¿no es ella la hija de la Sra. Rodríguez? ¹
- _ Si, una familia muy decente de la ciudad.

Este tipo de chismes de pasillo son frecuentes en nuestras instituciones públicas latinoamericanas. Esta joven funcionaria había reemplazado a otra persona destituida, pocos meses antes, por formar parte de una camarilla de coimeros con tentáculos en las direcciones de Ingeniería, Contraloría y Hacienda de la alcaldía que se dedicaba a la extorsión de contratistas y contribuyentes. Luego de un denodado trabajo de años logramos erradicar este descarado foco de corrupción en la alcaldía; pero, apenas unos meses después del difícil "saneamiento" nos llegó la sorpresa de Matilde.

¿Cómo cae tan rápidamente en corrupción una persona sin malos antecedentes?; alguien que se le trae precisamente para sustituir a funcionarios viciados y, ¡que tan pronto rueda por el mismo precipicio! ¿Por qué las instituciones latinoamericanas son, en gran parte, tan inoperantes e ineficaces para controlar la corrupción administrativa?

¹ Los casos que se comentan en el libro son reales, pero por precaución hemos obviado algunos nombres verdaderos de personas e instituciones. Tales eventos forman parte de mi vivencia durante siete años como funcionario público en una alcaldía venezolana; así como en otras instituciones públicas de Venezuela, a lo largo de otros veinte y tantos años

La historia del caso *Lava Jato* con su amplitud continental y los altos niveles gubernamentales que ha alcanzado muestra que, de cierto modo, hay un comportamiento político y social muy similar en América Latina con relación al problema de los sobornos a funcionarios públicos, conformando una especie de endemia subcontinental.

Al mismo tiempo, este caso tan vergonzoso y lamentable, constituye un reto excepcional, una oportunidad única para mostrar nuestra capacidad de hacer cambios profundos, permanentes; sobre todo, cuando la sociedad en su conjunto tome conciencia de sus propias fallas y emprenda un compromiso colectivo y serio de actuación institucional proba.

Afortunadamente, ya se reconoce a nivel mundial –sobre todo en los países mas avanzados y competitivos- que la corrupción administrativa perjudica e impide el éxito económico y social de un país; que la deshonestidad en el mundo globalizado e hiper- competitivo de hoy es un fardo que contribuye a rezagar a los países que siguen haciéndose de la vista gorda ante este mal.

El escandaloso tema del envilecimiento de funcionarios en nuestras instituciones oficiales es, de manera recurrente, centro de la prensa local, nacional e internacional; y es mucho lo que se escribe y se debate al respecto, con suma validez y propiedad por parte de valiosos expertos, la mayoría desde ilustres academias jurídicas y politológicas. Sin embargo, una de las perspectivas que menos sale a la luz pública –paradójicamente- es la del **testimonio y opinión de los propios funcionarios** comunes y corrientes que viven a diario las tentaciones, presiones y exigencias de un cargo, casi siempre mal remunerado y poco reconocido.

Este breve ensayo busca expresar una perspectiva vivencial surgida de mi experiencia directa como funcionario público. Esto, inevitablemente,

conlleva los sesgos propios de quien da su punto de vista personal sobre situaciones vividas; mas, por ello, con la fortaleza de quien ha estado en "las entrañas del monstruo", que lo ha padecido, y también, de cierto modo, disfrutado. Un banco de experiencias significativas en mi vida que ahora comparto con los lectores preocupados por el señorío de la corrupción que sigue dañando las instituciones latinoamericanas.

Es posible que mi experiencia sea algo peculiar a la de otros funcionarios públicos, en el sentido de que ingresé a la alcaldía no tanto por la necesidad urgente de un empleo (al menos, así fue, en principio), sino impulsado por un vehemente deseo de "...demostrar que en Venezuela si se puede ser un funcionario público honesto y eficaz a la vez". Ingresé, primero como asesor del alcalde Armando Lozano en materia ambiental². Luego pasé a ser funcionario de carrera como Planificador I adscrito a la Dirección de Catastro Municipal; y después - por insistencia mía- fuí trasladado a Ingeniería Municipal, a la recién creada División de Protección Ambiental. En Ingeniería estaba uno de los nichos de corrupción principales y yo quería estar en la "candela" de la lucha de "saneamiento", no solo ambiental, sino también administrativo.

Si logré o no tal propósito corresponde juzgarlo a los lectores de este ensayo, y por supuesto, a los vecinos y contribuyentes que tuvieron relación con nuestro desempeño público. Creo, sin embargo, que me favorece el hecho de haber dejado el cargo sin ninguna sanción institucional ni moral. Admito que hubo algunas acusaciones y hasta averiguaciones en mi contra, -tal y como relato en este corto ensayo- ataques de los que gracias a Dios y a la verdad de los hechos, salí limpio. Creo que mi mayor prueba de desempeño honesto es que jamás recibí

² Acababa de graduarme de geógrafo en la Universidad Central de Venezuela y como estudiante tesista había apoyado al otrora concejal y ahora flamante alcalde en su labor comunitaria, de allí mi relación directa con él.

como funcionario ningún señalamiento mordaz de parte de mis vecinos; todo lo contrario, todavía, años después, recibo expresiones de afecto y reconocimiento de algunas personas de aquellos días con las que me encuentro por la calle. Además, como me dijera una amiga y vecina "...Saliste, a diferencia de otros funcionarios, mas pobre de lo que eras; pues, para completar en esos días, te divorciaste, le dejaste el apartamento a Carmen y su hija y te quedaste en la calle".

Por todo ello, considero que mi relato y las reflexiones que ofrezco a partir de esta experiencia vivida puede ser valiosa para aquel ciudadano, político, funcionario o estudioso del tema que le preocupa y quiere contribuir con la superación de este mal endémico en nuestras sociedades latinoamericanas, la recurrente corrupción administrativa.

Uno de los aprendizajes principales que derivo de esta experiencia es que la corrupción administrativa es un drama que no sólo pone en el banquillo al funcionario público que cae en venalidad, sino que también **cuestiona a la mayoría de nuestras instituciones: la familia, la educación formal, los medios de comunicación, los partidos políticos y la empresa privada.** Es así que coexiste, junto al deseo mayoritario por una gestión pública más sana, un conjunto de actitudes, valores, y hábitos -tanto de parte de las instituciones, como también de la propia ciudadanía- que coadyuva a la reproducción cotidiana de este mal. Si me acompañan con su paciencia benevolente hasta el final del libro, aspiro aclarar este planteamiento que busca contribuir, modestamente con mi experiencia y opiniones, a la comprensión de este círculo vicioso de la corrupción administrativa.

Un Silencioso e Invisible Proceso Corruptor

El único momento ruidoso de la corrupción es cuando estalla el escándalo en la prensa. Del resto, subsiste “en un mundo paralelo”, casi invisible que se va tejiendo de una sucesión silenciosa de pequeños y sutiles actos cotidianos en cualquier oficina pública. Cuando mucho, se siente un vago rumor de unos muy cuidadosamente susurrados cuchicheos de pasillo. “El Dr. Tal como que anda en cosas raras”. “Se dice por ahí que fulanito es un tremendo *matraquero*”³ “A Zutanito le llaman ‘*Diez por ciento*’ porque es lo mínimo que acepta de comisión en los contratos”. Solo rumores que casi todos se toman jocosamente.

Guerra abierta a los matraqueros

Cuando comencé a trabajar en la alcaldía hacia principios de los años 90, había un par de funcionarios “famosos” entre el personal. Uno, era jefe de División en Ingeniería Municipal y, el otro, tenía un cargo técnico importante en la Contraloría Municipal. Eran tenidos por tipos simpáticos y “panitas” (amigos) de todo el mundo. Con cinismo, a uno le apodaban “*Juancito Matraca*” y al otro “*Diez por ciento*”. Me impresionaba y por demás me molestaba su pavoneo cuando andaban por los pasillos, en medio de las muestras de simpatía y apoyo de la mayoría de los funcionarios. Jamás escuché una sola palabra condenatoria de las acciones de estos pillos por parte de algún funcionario subalterno; en contraste con los nuevos directores y yo (como asesor ambiental del nuevo alcalde) nos declaramos en guerra frontal contra estos bribones.

³ Matraquero: expresión popular que se usa en Venezuela para designar a un funcionario que chantajea o extorsiona a un ciudadano pidiéndole dinero ilegalmente para prestarle un servicio. Equivale a coimero.

La lucha contra la corrupción en la alcaldía fue una de las primeras duras batallas que se planteó el nuevo equipo municipal.

Apenas se corrió por los pasillos que “los izquierdosos”⁴ venían por ellos, lanzaron sus primeros cañonazos. Una estrategia de sabotaje bajo la modalidad de una “*operación morrocoy*”, consistente en demorar ostensiblemente por meses, con mil pretextos la elaboración y culminación de los planes, diseños e incluso inspecciones de las obras públicas (aceras, paradas de transporte, locales escolares, etc.) que les encomendaba con urgencia el Ingeniero Municipal. Así, durante largos meses no hubo manera que saliera un solo proyecto de obra civil. Esto ponía en peligro la gestión del nuevo alcalde; pues, al final del primer año debía pasar la delicada prueba de la evaluación pública de su Informe de Gestión ante la Cámara Municipal dominada por sus opositores (cuatro concejales contra tres del alcalde).

Cuando, a duras penas, luego de meses de escauceos burocráticos, y a la propia iniciativa del director de ingeniería el arquitecto Jesús Ortega quien se puso a diseñar y calcular (de noche, en su casa o en la oficina⁵) las obras menores (aceras, paradas, asfaltado, etc.) y el apoyo de personal distinto al de la propia ingeniería, se pudo comenzar la

⁴ El alcalde y casi todo su tren de nuevos directivos y funcionarios pertenecíamos al partido de izquierda democrática MAS (Movimiento al Socialismo) u otras organizaciones de izquierda o del movimiento ecologista vecinal “La Declaración de San Antonio”; por lo que éramos vistos como los “izquierdosos” en el poder, en contraste con los partidos AD y Copei de la derecha que habían presidido hasta aquel momento la Presidencia del Concejo Municipal.

⁵Una imagen que recuerdo con gracia y admiración era ver al arquitecto Ortega boceteando una parada de transporte o cualquier otra obra menor en una hoja de dibujo mientras yo le daba un breve reporte de mis actividades (inspecciones, casos en trámite, etc.). Él me escuchaba con atención, haciendo preguntas u observaciones al caso. Se podría pensar que aquellos diseños fueran de poca calidad; sin embargo, puedo decir que creó un modelo de parada de buses que todavía existen en excelentes condiciones! Hechas en mampostería, con asientos y techo de concreto armado que incluso fue copiado en otros municipios de Los Altos Mirandinos. Uno de esos héroes urbanos poco reconocidos.

construcción de un corto tramo de aceras en el casco histórico de la ciudad (que insólitamente carecía de este esencial equipamiento urbano). Al día siguiente, amanecieron rotas las aceras. Declaración de guerra frontal. En verdad, al parecer no era tanto obra de los referidos funcionarios sospechosos de corrupción), sino mas bien, de otros enemigos políticos del alcalde, derrotados de manera contundente con los votos vecinales, que, con suma torpeza, pensarían que saboteando la gestión, incluso con vandalismo iban a mostrarlo como un inepto ante la comunidad, y así, facilitar su destitución apelando al nuevo recurso legal (y por demás democrático y saludable) de la "desaprobación de la memoria y cuenta del alcalde" -como ya referimos- por la cámara municipal. La consabida y dura resistencia a los cambios. Pero, estos resentidos desconocían la testarudez y la naturaleza "peleona" (competitiva y tenaz) del "catire Armando". Y como suele suceder, con estos malintencionados saboteos lo que hicieron fue, de una parte, exacerbar nuestro ímpetu de lucha, y por la otra, mejorar la imagen del alcalde ante los vecinos (al quedar victimizado por semejantes ataques cobardes y lesivos del interés público). Sin dudas, esta gente la tenía perdida por ese camino destructivo.

Se volvió a reparar las aceras, hacer más vigilancia de noche en la zona con la policía estatal y amenazar con las debidas sanciones penales a los pérfidos vándalos. Menos mal, que ya en esta segunda ocasión no hubo daños; fue una forma insensata de probar la firmeza del nuevo equipo municipal.

La guerra interna anticorrupción fue, como era de esperar, mucho mas larga (aunque, como veremos mas adelante, con sorpresas y giros insospechados). Cuando ya nos acostumbrábamos a tener que coexistir con los maulas; uno de los cabecillas cometió un desliz flagrante. Había pedido una comisión a uno de nuestros nuevos contratistas de obras

públicas y cayeron en una trampa que se les tendió. En presencia de un funcionario de la policía judicial se le conminó a "Juanito Matraca" a firmar la renuncia o enfrentar una denuncia formal ante los tribunales. La firmó, por supuesto. Uno menos.

A pesar de la acción contundente, los otros viciados funcionarios siguieron haciendo sus picardías durante, al menos, un año y medio más; hasta que, dos de ellos, (un fiscal de obras y el encargado de archivos de Ingeniería) cayeron en una acción mas humillante porque fueron sorprendidos por la policía (encubierta) in fraganti cobrándole un soborno a un contribuyente que tramitaba un permiso de construcción. Los trajeron esposados a la oficina a recoger sus pertenencias; inevitablemente sentí "pena ajena" por estas personas ahora cabizbajas; pero que, pocas horas antes, actuaban con arrogancia y hostilidad (al menos conmigo, su enemigo, abierto y declarado).

Dos bribones menos, pero todavía quedaban otros coimeros, a quienes no sería fácil de sacar de la institución, porque iban aprendiendo de los errores de sus secuaces. En esto, es importante señalar que el jefe mayor de los matraqueros, (el apodado "Diez por ciento") al formar parte de la Contraloría Municipal, no era formalmente funcionario de la alcaldía,⁶ sino que debía rendir cuentas a la cámara municipal, por lo que para poder neutralizarlo había que contar con el apoyo del propio contralor municipal. Poco a poco, durante al menos dos años más, se fueron recabando pruebas en contra de este personaje. Oportunamente se le informó al Contralor; quien, con mucha honestidad e iniciativa actúo con decisión logrando la renuncia del nefasto burócrata.

⁶ Pero, paradójicamente, ¡si podía supervisar, como técnico, a la alcaldía!, pues esto estaba dentro de las atribuciones básicas de la Contraloría municipal. En verdad era un enemigo peligroso

Para nosotros fue un triunfo apoteósico, una enorme satisfacción; mas, en ninguno de estos impactantes casos hubo declaraciones formales del alcalde. Todo el personal se enteró, pero por los consabidos cuchicheos de pasillo. Es así que, en materia de corrupción, en nuestras instituciones funciona una especie de conspiración del silencio; ***estos temas cruciales jamás se ventilan abiertamente***. Se parece a aquel silencio que antaño había en algunas familias con relación a ciertas enfermedades. Todo el mundo lo sabía, pero, en apariencia era un secreto, porque nunca se mencionaba nada en público. El problema en el caso de la corrupción administrativa es que esta condición soterrada, opaca en que transcurre contribuye a agravar la enfermedad, y con ello, la agonía de nuestras instituciones. De este modo, silenciosamente, incluso sin que el propio funcionario se de plena cuenta del lío en que se está metiendo, alguien que comienza con una hoja intachable puede terminar acusado y, algunas veces, condenado por corrupto. Es una trama silente que se va tejiendo de pequeñas pero decisivas acciones.

La corrupción no es privativa de los mas pobres, los menos instruidos ni de los mas viejos

Matilde la novel secretaria de Hacienda destituida había sido encargada de conformar y entregar las solvencias municipales a los contribuyentes; este es un documento que hace constar que no se tienen deudas con el fisco municipal. De acuerdo con lo que nos contara el director de Recursos Humanos (en una conversación informal), la joven bachiller proveniente de una familia de clase media alta en pocos meses estaba "rebuscándose" con la entrega rápida de las solvencias. Fue denunciada por un contribuyente que se negó a la extorsión y con apenas cinco meses en el cargo fue destituida.

Lo que más me impresionó de este caso fue que se tratara de una persona traída precisamente para sustituir a viejos funcionarios mal acostumbrados durante años a la corrupción. Recuerdo que el director general (una especie de super director por encima de los gerentes sectoriales) había puesto mucha esperanza en que con "*sangre nueva*" íbamos a acabar con estas viejas mafias. Pero para sorpresa nuestra, una chica que jamás había trabajado en la administración pública, con estudios de educación media culminados (bachillerato en Venezuela) y que provenía de una familia respetable de clase media alta había caído rápidamente en extorsión.

Otro caso que puede ilustrarnos algunas incongruencias cuando se pretende lograr una actuación impoluta con funcionarios novatos, no contaminados por experiencias burocráticas previas, fue la creación de la policía municipal de la ciudad. El alcalde Lozano, primer gobernante local surgido del nuevo marco legal municipal (apenas, un año antes se había creado la figura del alcalde electo directamente por el voto popular) y, como referimos, hombre de izquierda, aspiraba romper con las experiencias políticas anteriores en el municipio.

De tal modo que, el jefe local cansado de los desencuentros con la policía estatal decidió crear su propia policía municipal. Un equipo de expertos en materia policial, una sicóloga, varios abogados, entre otros profesionales, llevó a cabo durante varios meses un proceso de reclutamiento selectivo y de adiestramiento tanto en lo logístico-operativo como en lo psicológico, legal, etc. Los candidatos debían tener al menos bachillerato culminado y no haber pertenecido a ningún cuerpo policial.

Ya desde el mismo período de formación la cosa no anduvo tan bien como esperábamos. Ocurrieron riñas pasionales entre algunos de los aprendices (había chicas y chicos); algunos de ellos fueron denunciados

por hacer escándalos en las instalaciones de la propia alcaldía, donde a modo de prueba se les había asignado la vigilancia preventiva. Dio tanto que hablar esta primera cohorte de nuevos gendarmes que se generó el chiste soterrado (por supuesto), generado por los opositores políticos del alcalde, de que se trataba no de una academia de policía, sino mas bien, de una "Locademia" de policía, conocida comedia del cine norteamericano muy exitosa en aquellos tiempos.

El colmo de la decepción fue cuando, pocos años después, vi en la prensa local que algunos miembros de esa primera promoción de policías municipales -contratados por la recién creada, también, policía de un municipio aledaño- habían sido detenidos y acusados por el vil asesinato de un joven residente al cual presuntamente extorsionaban. Al final del proceso penal fueron condenados por semejante crimen.

Pienso, que se trata básicamente de un modelo psico-social internalizado que tiene **la sociedad latinoamericana** de lo que debe ser un policía: un tipo mal encarado, de trato despótico hacia la gente, que busca sacar ventajas personales de su poder, que puede tener la prerrogativa de pedirle dinero o prebendas a cualquier ciudadano, etc. Un paradigma social que se activa automáticamente en cuanto se ostenta el cargo; y que está tan enraizado en nuestro ADN social que alguien, aunque nunca haya sido policía, comienza a actuar conforme a ese "modelo" cultural de ser funcionario policial en nuestros países.

Por supuesto, no todo el cuerpo policial recién creado cayó en hechos ilícitos. Me consta la responsabilidad y disposición de muchos de los funcionarios policiales, por ejemplo, para apoyarnos en las inspecciones que teníamos que hacer en Ingeniería Municipal, o en el control del tránsito local, entre otras labores. Lo que busco resaltar es que, el

problema de la corrupción es mucho más complejo de lo que con frecuencia se asume.

El alcalde y el director general pensaron inicialmente que era suficiente con traer gente que nunca había estado en la administración pública y que hubiera culminado al menos la escolaridad básica, entre otros requisitos de peso. Sin embargo, no recuerdo haber visto en el pensum de estudios alguna asignatura referida al **comportamiento ético del futuro gendarme local**. Mucho de destrezas (indispensables) en logística, armamento, algo de leyes, etc.; pero muy poco sobre formación moral y control institucional de la probidad del funcionario.

A pesar de los años transcurridos, en este aspecto de la formación ética del funcionario policial no parece haber cambiado mucho la situación en gran parte de nuestros países latinoamericanos. Un artículo aparecido, el año 2012, en la prensa digital del Perú (<https://www.elcomercio.com/actualidad/seguridad/nuevo-pensum-rige-policias.html>) se refiere precisamente a un nuevo pensum de formación de la policía del país. Indica la fuente que

“...Las materias que reciben son DD.HH., policía comunitaria, gestión de riesgos, inteligencia para seguridad ciudadana, doctrina policial, criminalística, estrategias para el uso de la fuerza, sociología, armas y tiro, atención a la víctima, prácticas preprofesionales, entre otras.”

Como observamos, si bien es muy positivo que haya algunas asignaturas orientadas a un mejor trato de los ciudadanos (derechos humanos, policía comunitaria), **ninguna de las que se destacan se refiere a los aspectos ético, moral o de desempeño probó**. Cabe suponer que pudieran estar incluidas en el renglón “entre otras” que refiere el artículo en cuestión. Mas, aun así, significaría que la formación ética no sería digna de resaltar por parte del articulista entre las

prioritarias de la nueva formación del policía. Bien sea una omisión de los planificadores del p^énsum o del periodista, tal ausencia del tema ético en la formación policial ratifica, lamentablemente, un modelo continental todavía prevaleciente en el conjunto de nuestras sociedades que prioriza los aspectos logísticos y operativos de la actuación del funcionario público **con descuido lamentable del aspecto moral**. ¿nos debe sorprender, entonces, la lenidad en la conducta de tantos funcionarios públicos de nuestros países?

Para bailar se necesitan dos

Aunque ya lo dice una popular canción caribeña de los años 50: "...para bailar se necesitan dos, dos, dos..."; cuando estalla el escándalo todas las acusaciones, todos los reflectores van sólo contra el funcionario acusado. Muy poco se habla de aquellas personas que incitan al funcionario para que les haga "algún favor especial".

Un caso típico, en este sentido, corresponde a uno de los mas frecuentes usuarios de una alcaldía, el agente inmobiliario o solicitante de permisos urbanísticos. Había uno que solía frecuentar la ingeniería municipal buscando pescar contratos para hacer obras o tramitar permisos de construcción para terceros. Se trataba de una persona con quien apenas había cruzado un eventual saludo de buenos días. En cierta ocasión, se apareció con un ejemplar en la mano de mi muy querida novela *Cien Años de Soledad* y me dijo, sin mas, que era un obsequio para mi. Le pregunté, con cierta molestia

_ ¿A cuenta de qué este obsequio?

_Tranquilo licenciado, tómelo como un regalo de un amigo. Estallé:

_ ¡Disculpe! usted no es amigo mío; no es ni amigo, ni enemigo, usted es un contribuyente y por tanto no tiene que estar haciéndome regalos, por demás con obvios intereses. Concluí diciéndole que le regalara el libro a alguno de sus amigos⁷; con rostro apenado, me pidió disculpas y se fue. Por supuesto, creció mi "fama" de funcionario antipático; en especial en este pequeño gremio de gestores.

Había otro personaje que era más descarado aún. Cuando tenía algún proyecto de interés, le daba por frecuentar casi todos los días la oficina de Ingeniería; se sentaba (sin tener audiencia) a conversar con las secretarías; por supuesto, les traía golosinas y al rato ya estaba cómodamente sentado y entablado conversación dentro del área de oficinas de los técnicos; zona que tenía muy visible el cartel de prohibido pasar si no es funcionario o no está autorizado para entrar. Nadie le decía nada; excepto yo; quien con mala cara le preguntaba qué estaba haciendo allí en la zona restringida de la oficina y, el susodicho me respondía con una sonrisita irónica que "nada, visitando". Inmediatamente le conminaba a salir del área; y el tipejo, de lo más impávido salía como si nada (sin pedir disculpas; mas bien como "muchacho pícaro" haciendo una travesura). El único "fastidioso" que hacia esto era yo. Incluso, a la secretaria y a otros funcionarios de ingeniería municipal les encantaba ser sumamente amables con este adulator y flemático personaje. Un tiempo después supimos que este sujeto formaba parte de la trama de permisos amañados que había tejido Anastasia la jefa, nada menos, que de la División de Permisos Urbanísticos, a quien nos referiremos mas adelante (véase "Laborando con el enemigo")

Combine los magros sueldos de los funcionarios públicos encargados de los permisos, las enormes masas de dinero involucrados en los

⁷ ¡Perdóname Gabo!, no me hacía falta ese ejemplar de tu maravillosa novela, porque yo tenía el mío, que me acompaña desde hace muchos años.

proyectos urbanísticos, la cultura informal de nuestras instituciones gubernamentales y la ausencia de formación ética en éstas y tendrá el caldo de cultivo perfecto para cualquier hecho de corrupción en materia urbanística.

El Duro Trabajo de un Funcionario Honesto

“No vas a poder sobrevivir en la alcaldía como persona honesta mucho tiempo; además, por más que hagas las cosas bien, cuando te vayas, al cabo de unos dos años ni se acordarán de ti”. Fue la sentencia categórica de mi amigo, colega geógrafo y activo empresario, al expresarle mis ambiciosas expectativas de joven soñador que entraba a una alcaldía para cumplir con un deber de servicio. Aquellas palabras, lejos de desanimarme se convirtieron en un acicate; fui tajante: “¡Te voy a demostrar Gonzalo que sí se puede ser honesto y eficaz al mismo tiempo en la administración pública venezolana! Y entonces, aquello se convirtió en un verdadero reto personal.⁸ Mas, era muy difícil imaginar lo duro que iba a ser el camino para ganarle la apuesta a mi escéptico amigo. ¡Cómo se activa un complejo mundo de intereses, costumbres y poderes para

⁸ Creo que cuando entré a trabajar en la alcaldía también me sirvió de inspiración la hermosa película de Akira Kurosawa “*Para Vivir*”. Me había impresionado muchísimo, siendo yo todavía un estudiante universitario, la conversión repentina de aquel viejo burócrata, insensible y apático, quien al saber que padecía un cáncer terminal, se transforma en un heroico funcionario que se dedicará en cuerpo y alma sus últimos meses de vida a ayudar a sus conciudadanos, a tramitar con diligencia y sacrificios ejemplares las enormes cantidades de solicitudes que reposaban por meses y años en los escritorios de los displicentes funcionarios gubernamentales y, como corolario de su gesta, el rescate de un amenazado parque comunal venciendo a desalmados empresarios urbanísticos.

Además en mi caso, todavía por aquellos 29 años de edad seguía siendo un joven muy de izquierda, idealista y luchador latinoamericano. Hoy -ya entrados en los sesenta años- ya no soy tan izquierdista (mas “centro-izquierda”), pero sí mantengo vivos los principios de justicia y solidaridad en mi vida.

hacer del funcionario con desempeño honesto un "bicho raro", una molesta piedrita en el zapato de muchos! Sin embargo, con frecuencia, soportar malos tratos no es el primer reto que enfrenta el funcionario, sino mas bien son los "caramelitos".

Caramelitos y otros obsequios.

Algunas personas acostumbran llevarle una golosina a la secretaria, al cajero del banco o al funcionario que le corresponde atenderle. Un detalle pequeño, sutil y, efectivo. ¿Cuál es el mensaje subyacente? "...como te trato de manera especial, trátame, entonces, tú también de manera especial" Supongamos que todos los usuarios hicieran esto iel funcionario podría montar una venta de golosinas! ¿No es esto propiciar un trato desigual hacia los administrados, procurando privilegios? Y si consideramos con mas cuidado este simple detallito: ¿No termina el empleado cogiéndole gusto a tales regalitos? ¿Es esto algo saludable al final para todos? Dudoso, ¿verdad?; mas, es algo que asumimos como normal y aceptable. Una peligrosa conveniencia.

Además de los inusitados obsequios como el referido de la novela *Cien Años de Soledad* del "amistoso" gestor, siempre abundaban los "quiere un cafecito licenciado", luego de introducir los documentos para el permiso, hasta el audaz "lo invito a un almuerzo", en medio de la inspección para ver el inmueble en cuestión. Era como el primer obligado escarceo entre solicitante y funcionario. Tenía compañeros de trabajo que les fascinaba estos obsequios. Sin duda, lo percibirían como uno de los privilegios de su burocrático cargo. Uno de ellos, cayó en desgracia con el alcalde por uno de estos "almuercitos".

El episodio puede servir para mostrarnos el sutil poder seductor de las cotidianas tentaciones burocráticas que suelen, lamentablemente, llevar a un funcionario a caer en corrupción. Se trató nada menos que del nuevo encargado del archivo de la Dirección de Ingeniería Municipal, quien había sustituido a uno de los "coimeros" que -como ya relatamos- habían salido esposados de la dirección al caer en flagrancia cobrando una extorsión a un contribuyente. Lo más impactante de esta nueva e intempestiva destitución -al menos lo fue para mí- es que se trató de una persona a quien yo mismo había traído por recomendación de unos camaradas revolucionarios. Recuerdo haberle enfatizado a un amigo dirigente de la ultraizquierda de Los Teques (ciudad cercana a Caracas) que necesitábamos con urgencia una persona que, principalmente se mantuviera firme ante el ambiente de corrupción que todavía prevalecía en la ingeniería municipal de ese entonces. Cuando me enviaron al candidato, lo entrevisté en persona y, con bastante claridad y preocupación, alerté al camarada Rodrigo de lo que ya había pasado con la banda de mafiosos que expulsamos de la dirección municipal y acerca del comportamiento ejemplar que debía tener. Pues, para sorpresa y decepción mía fue destituido sin haber alcanzado el año en el cargo de archivista.

El propio alcalde lo descubrió, mas de una vez, almorzando en restaurantes de la zona con conocidos agentes inmobiliarios. Recuerdo que, casi llorando y sorprendido por su destitución, vino Rodrigo a pedirme apoyo. Luego de informarle la versión del alcalde le reclamé porqué no me había alertado de tales reuniones informales. Se defendió alegando que había sido parte de "una táctica para infiltrar al enemigo" y que no pensó que fuera necesario advertirme de tales pasos. Con mucha decepción y tristeza, concluí que el "camarada", a pesar de todas mis advertencias, había sucumbido a las tentaciones de los obsequios y

deferencias que comenzó a recibir de algunos contribuyentes y gestores. Por supuesto, jamás volví a recomendar a alguien para cargo alguno en la institución.

Se puede alegar, en este caso, que aceptar la invitación a almorzar con solicitantes de permisos no es en si un acto de corrupción; incluso es una prerrogativa de los altos jefes de cualquier organización publica o privada. Mas, en el caso de un funcionario de bajo rango -como lo es un archivista- es algo muy delicado, pues suscita mucha suspicacia que se avoque a hacer "relaciones públicas institucionales" con gestores y promotores urbanísticos; y mas aún, si no cuentas con el aval de tu jefe inmediato. Con los todavía frescos eventos del anterior archivista es comprensible que semejantes veleidades del nuevo encargado (y mas cuando yo le había alertado de lo delicado del puesto que venía a ocupar) fueran inadmisibles por el alcalde. Sin embargo, considero que sí hubo una excesiva severidad de parte del alcalde; pues se pudo hacer, al menos una seria advertencia inicial al novato funcionario, y si, continuaba con los "almuercitos ejecutivos" sí abrirle la respectiva averiguación administrativa y aplicarle las sanciones a que hubiere lugar. Me quedó la impresión que los *matraqueros* que todavía quedaban en la alcaldía habían maniobrado del algún modo para lograr la defenestración del incauto y goloso compañero; quien lamentablemente les facilitó la jugada al caer tan mansito en esta acostumbrada forma de seducir a un funcionario de permisos municipales.

Si no funcionan los regalos aparecen las amenazas.

El plan A son los cafecitos, los almuerzos, la exagerada amabilidad; el plan B es *Mr. Hyde*. El hiper amable solicitante se transfigura en un

monstruo alterado y amenazante. Mi estreno en la alcaldía como asesor ambiental (mi primer cargo allí) fue de entrada un plato fuerte. El alcalde me había llamado a su despacho y me presentó a un hombre de mediana edad (unos 40 años) muy bien vestido con un elegante y costoso traje, quien al presentarnos fue sumamente amable, cordial y hasta jocoso. Se trataba de un reconocido empresario del sector inmobiliario de Caracas, y su asistencia a la oficina del alcalde se debía al interés por un proyecto urbanístico de alta densidad residencial que aspiraba desarrollar en el municipio (Proyecto Las Clavellinas)⁹. El alcalde me había comisionado para reunirme con el empresario y con un dirigente vecinal de la zona donde se aspiraba hacer tal urbanismo. Recuerdo la preocupación tanto del alcalde, como del dirigente vecinal y mi persona sobre la afectación de una extensa área verde por el proyecto; se trataba de una zona boscosa y fuente de agua, que además era utilizada como sitio recreacional por la comunidad aledaña con el bello nombre de Pozo de Los Pájaros.

La reunión era de suma cordialidad hasta el momento en que, una vez vista y escuchada la breve exposición del arquitecto acerca del proyecto, como técnico en materia ambiental expuse, procurando ser ecuánime y claro a la vez (es decir sin agresividad, pero con firmeza) algunas interrogantes técnicas y preocupaciones sobre el desarrollo. De súbito el clima de la reunión cambió radicalmente. El tipo se levantó como un rayo, se me encimó encarándome con rostro agresivo y me gritó: ¡Tu no eres nadie para venir a objetar mi proyecto! Inmediatamente (quizás se activó “automáticamente” mi lado izquierdista) le mantuve la mirada y la cercanía corporal y también alzando la voz (lo cual, admito, no me cuesta hacer cuando me pongo muy nervioso), le dije que no aceptaba su tono grosero y que estaba allí como funcionario para que se respetaran las

⁹ Nombre ficticio que damos al proyecto a los fines del relato

normas ambientales, aunque eso a él no le agradara. El arquitecto y el dirigente vecinal intervinieron conciliadoramente, buscando bajarle presión al altercado. Recuerdo que el vecino se quedó mudo al principio, como sorprendido por la inusitada reacción violenta del imperioso personaje; pero, luego, con un tono aún mas moderado al de mi respuesta al desafortado sujeto, ratificó las inquietudes que había sobre el posible impacto ambiental del proyecto. Desde ese día este señor se declaró mi enemigo acérrimo.

Siete años después, ya con otro alcalde, el nuevo director de Ingeniería municipal, se me acercó y con una ligera sonrisa, me dijo "Acaba de llamar el Sr Zutano, el de Las Clavellinas y puede usted creer que ha pasado toda la conversación telefónica de más de diez minutos solamente hablando mal de usted". Al momento no entendí el asunto, pero era claro que el tipo supo del cambio de gerencia en la Ingeniería municipal y trataba de poner en mi contra al nuevo jefe. Un viejo truco de algunos incisivos promotores inmobiliarios cuando el funcionario no complace sus intereses. Creo haberle dicho al director algo así como: "Algunos prefieren descalificar en lugar de hacer las cosas bien" y mi nuevo jefe asintió sin darle mayor importancia al asunto.

El estallido de la crisis económica y financiera de mediados de los años noventa en Venezuela al parecer fue decisiva para que este tipo de proyectos fuera relegado -gracias a Dios hasta el día de hoy- por los mismos propietarios, para suerte del "Pozo de los Pájaros". Este encontronazo con el arrogante empresario inmobiliario fue para mi, una especie de "bautizo de fuego" en la alcaldía.

Tales mecanismos de intimidación son bastante frecuentes, sobre todo cuando el interesado se percata de que "por las buenas", con cordialidad y caramelitos, no va a conseguir lo que busca. Es cuando activan el otro

ominoso mecanismo de presión: te lanzan un guantazo de amenazas y hasta de inusitados improperios de diferentes colores! Debido a mi aversión enconada a los regalitos de entrada, aprendí a esperar en consecuencia la otra cara de la moneda: "¡Ya veras" –abandonan el Usted y el "Licenciado o Ingeniero" y te tutean con hostilidad- "Te acusaré inmediatamente con el alcalde!". "¡Quién te crees tú! ¡Te voy a demandar!". "¡Tu no sabes con quién te estás metiendo"! Resultan bastante creativos a la hora de buscar cómo intimidarte.

Recuerdo, también, otro extraño y desagradable incidente en mi oficina de Ingeniería Municipal. Era muy temprano -algo pasada la siete de la mañana- (la hora de trabajo era la 8:30 am; sin embargo, solía llegar yo, casi siempre, muy temprano a la oficina), por lo que estaba completamente solo en ese momento. Me desayunaba, cuando de improviso se asoma por mi ventana- que daba directo al estacionamiento del edificio de la alcaldía- un rostro con mirada agresiva y desorbitada - parecida al desagradable rostro del jefe del famoso personaje de caricaturas *Homero Simpson*- y sin siquiera saludar ni considerar que estaba desayunando comenzó a exigirme que le resolviera su caso, que él tenía muchos amigos influyentes, que yo tenía que darle una respuesta ya, que yo era un abusador si no le resolvía su caso con prontitud. El tono era ridículamente amenazador. El sujeto, en lugar, de valorar que un funcionario estuviese tan temprano en su puesto de trabajo y más aún, que estuviera comiendo, aprovechaba la soledad del momento para tratar de intimidarme.

Pienso que posiblemente supiera de mi actitud reacia a los regalitos y se le ocurrió que ser agresivo y grosero sería una manera mas efectiva de intimidarme. No soporté mas aquel inusitado y tempranero atropello, indignado le grité que era un descarado abusador y que me dejara desayunar en paz en el acto. Se quedó callado de súbito. Dio media vuelta

y sin pedir disculpas, se fue como si nada hubiera pasado. Me quedé un rato anonadado. Poco se sabe de la cantidad y variedad de presiones y malos tratos que suele padecer un funcionario público.

Otro incidente parecido fue con la representante de una fábrica (fundidora de aluminio reciclado) que llevaba años bombeando gases tóxicos sin ningún mecanismo de protección hacia una zona residencial inmediata. Un verdadero desastre ambiental. Luego de seguir el procedimiento legal se le sancionó con una multa y el cierre temporal hasta que tomaran los correctivos debidos. Luego de escuchar sus alegatos y revisar los recaudos de apoyo que trajo, le expliqué a la representante de la empresa que las medidas sancionatorias se mantendrían hasta que corrigieran el daño (colocar filtros, barreras rompevientos, etc.). Al percatarse que no le funcionaba conmigo el tono conciliador, giró 180° en su actitud inicial y me espetó:

_ ¡Ya voy a subir inmediatamente a hablar con el alcalde, haré que te boten!

_ Vaya y hable con el alcalde. Su despacho está en el segundo piso del edificio. Le respondí con bastante serenidad, pues ya estaba algo acostumbrado a tales escenas.

Al cabo de una media hora regresó la señora con una cara muy distinta, calmada, "bajita" como dicen mis paisanos yaracuyanos¹⁰ y me pidió, en un tono tranquilo que le explicara qué tenía que hacer para ponerse a derecho. En vista del cambio de actitud, procuré ser muy ecuánime y le reiteré el procedimiento que tenía que cumplir y que con gusto le ayudaría en tal sentido. Unos meses después la fábrica colocó los filtros, además de pagar la multa. No recibimos mas quejas de los vecinos.

¹⁰ Oriundos del estado Yaracuy, ubicado al centro-occidente de Venezuela

Como ratifico mas adelante, el apoyo rotundo y categórico del alcalde fue decisivo -algo de lo que poco me percaté al principio de mi labor- en este tipo de situaciones donde algunos interesados desataban amenazas para amedrentarme y ceder a sus exigencias. Este recurso de amenazar al funcionario con acusarlo ante tu superior es de los más manidos; y, por cierto, con frecuencia efectivo. Sería interesante hacer encuestas entre funcionarios públicos para corroborar con que reiteración sufren este tipo de presiones.

Por supuesto, vale aclarar que, recurrir al superior es incluso un derecho de todo ciudadano (por ejemplo, existe el recurso legal jerárquico ante una decisión que el administrado no comparte); sobre todo para evitar abusos de poder -muy frecuentes también-; pues, es muy cierto, que también hay funcionarios que por diversos motivos injustificables - entre los cuales pudiera haber un propósito de soborno o una retaliación personal-se niegan a aprobar un tramite determinado a la persona, y en tales casos, apelar formalmente a las instancias superiores es, sin dudas necesario.

Sin embargo, es muy distinto el mecanismo intimidatorio de esgrimir como amenaza una eventual visita a tu jefe para descalificarte ante éste. Lo que también ocurre es que, en los temas de administración pública, casi siempre se presume que el funcionario es el malo y el usuario la pobre victima. Una consecuencia lamentable de este tipo de presiones es que, para evitar situaciones desagradables con sus superiores- y mas, si no andas muy bien con tu jefe- prefiera el funcionario "hacerse de la vista gorda"; dejar pasar cualquier irregularidad que pueda suscitar polémica: "Que va, yo prefiero no meterme en líos; mejor dejo que este señor haga lo que quiera y me quedo tranquilito".

La confrontación con un alto oficial militar por un movimiento de tierra ilegal fue otra incómoda experiencia que puede ilustrar lo poco fácil que es el trabajo de un funcionario cuando busca actuar con honestidad y rectitud. Durante una inspección detectamos un movimiento de tierra con maquinaria pesada sin el debido permiso urbanístico y ambiental. Por los vecinos nos enteramos que el propietario del terreno era un militar, de alto rango de la Fuerza Armada Nacional. Por cierto, de un cuerpo que, de acuerdo a la normativa nacional vigente le correspondía vigilar y apoyar en el control de ilícitos ambientales. De hecho, con frecuencia ellos nos enviaban expedientes con actuaciones realizadas en tales casos para que la municipalidad aplicara las sanciones correspondientes. Esto me dio una idea; preparé un paquete grueso de carpetas con expedientes de casos de movimientos de tierra ilegales enviados por la Guardería Ambiental a Ingeniería Municipal.

El día de la citación se aparece el general con un vistoso y por demás elegante traje militar de gala, verde oliva lleno de condecoraciones y otros detalles con que los oficiales militares adornan sus trajes formales. Sin duda, quería impresionarnos. Resultó ser un señor muy amable y cortés (incluso bastante simpático). Por supuesto, también yo procure al máximo tratar con suma amabilidad y deferencia al distinguido visitante. Le expliqué la situación de su proceder incorrecto al realizar un movimiento de tierras, con deforestación, etc. sin el debido permiso legal, etc. Cuando terminó de argumentarme que era cierto, que lo disculpara, que su intención no había sido hacer algo fuera de la ley, le mostré el fajo de expedientes que estaba sobre mi escritorio y le dije: "General, fíjese usted, todos estos casos fueron enviados por ustedes la Guardería Ambiental referente a personas que hicieron movimientos de tierra ilegales y, fíjese qué recomiendan ustedes en estos casos: "...se recomienda aplicar las multas y demás sanciones correspondientes".

“¿Entonces, dígame Usted General qué debo hacer yo en este caso de este otro movimiento de tierra ilegal que usted ha hecho? El hombre se puso muy colorado; me preparé para un estallido de cólera como el del empresario inmobiliario anterior, pero, para mi grata sorpresa, el hombre me dijo, con tono resignado: “Está bien Wilfredo, ponme la multa vale, ¡qué le vamos a hacer!”. Fue un alivio y una satisfacción inmensa. El general al final pagó su multa y, luego las pocas veces que, por casualidad, nos encontramos por la calle, siempre fue muy cordial y hasta chistoso. Nunca más le volví a ver, pero el episodio me quedó como un difícil, incómodo pero bonito recuerdo de mis duros avatares en la Ingeniería Municipal.

Laborando con el enemigo.

Otro adversario del funcionario honesto y, quizá el más peligroso, es el propio compañero de trabajo ya contagiado del “virus” de la corrupción. Y peor aun, si éste ostenta un cargo de cierto poder o influencia en la institución. Esto lo viví casi desde el primer día en Ingeniería. No hubo sutilezas para conmigo. Se estila que cuando eres nuevo te presenten y manifiesten tus compañeros cierta cordialidad y consideración. Es lo correcto. Pero cuando se trata de personas involucradas en manejos turbios, de grandes sumas de dinero en comisiones, sobornos, etc. y, tú llegas nuevo en medio del rumor de pasillo que el alcalde viene en plan de guerra contra los corruptos, ¡es ingenuo esperar flores!

La primera vez que entré como nuevo miembro del staff a la oficina en lugar de saludos recibí un abierto y silente rechazo. Estaba reunido en la recepción un grupo de funcionarios, unos cuatro o cinco conversando, apenas entré, saludé, no contestaron y se dispersaron a sus puestos.

Confieso que al primer momento me sorprendió semejante actuación (¡jamás lo había vivido!). Quedé unos segundos sorprendido; pero, creo que, de súbito me funcionó lo que yo llamo mi “instinto político”; cierta capacidad de percepción y “aguante” que achaco al haberme involucrado en política desde los 16 años, y que me habría generado ciertos “anticuerpos” para las duras lides de micropoder en las instituciones. Entendí de súbito el jueguito de los bribones y me dije para mi: “¡Así es la cosa, pues la pelea es peleando!; ¡A eso vine, a enfrentar a estos bandidos”!

A partir del acto hostil, y comprendiendo el sutil y malintencionado jueguito de rechazo, adopté también una actitud seca y hosca con tales “compañeros” de trabajo. Por suerte, no se trataba de todo el personal de Ingeniería; sí había funcionarios cordiales y muy atentos, además del director (quien obviamente era del equipo de confianza del alcalde al igual que yo). Era claro, que no todos formaban parte del grupete corrompido.

Cuando una de los jefes del grupito, Anastasia¹¹ se dio cuenta que no le funcionaba conmigo la antipatía y la hostilidad abierta, pasó, de repente, a utilizar sus “garras femeninas”: sonrisitas, ofrecerme café, incluso llegó a ponerse a la orden para colaborar con mi trabajo (i). Su cambio de actitud se debió, quizás sobre todo a la renuncia (forzada) que logramos de uno de los cabecillas de la banda de coimeros de Ingeniería Municipal (Juancito Matraca). La “pobre” hizo un esfuerzo –en vano– por ganar mi simpatía. Yo, por el contrario, y creo ahora que, con falta de diplomacia con el enemigo, en lugar de seguirle el juego conciliatorio, me empeciné en demostrarle mi animadversión. Lo cual generó una

¹¹ Entre otros recuerdos de este personaje, cabe mencionar lo contado por uno de los contratistas que realizaban obras públicas en el municipio, quien nos relató que esta funcionaria le había reclamado por lo magro que le había parecido el monto de la “comisión”, (como soborno) por la inspección de la obra “¡Eso no me alcanza ni para comprarme un par de zapatos!”. Varios líderes vecinales –de quien hablaré mas adelante– la detestaban porque sabían de sus andanzas fraudulentas durante muchos años (estaba desde los tiempos del Concejo Municipal anterior a la alcaldía)

agotadora "guerra fría" soterrada, que a pesar de ganarla yo, (seis años después, el nuevo alcalde por fin la destituyó), sufrí unas cuantas desagradables componendas tramadas por el grupito matraquero y su mañosa líder.

Cada vez que yo tomaba vacaciones, Anastasia emprendía una campaña de desprestigio en mi contra "vendiendo" la idea de que yo "me la daba de 'santico', pero que -supuestamente- también tenía mi "negocito" con los permisos de tala y poda de árboles (esta era una de mis tareas cotidianas en la División de Protección Ambiental). Cada vez que llegaba un nuevo director de recursos humanos se dedicaba la susodicha a propalar chismes y acusaciones subrepticias -nunca lo hizo de frente- en mi contra. Recuerdo, que una vez logró que me hiciera la recién ingresada directora de personal un llamado de atención por escrito debido a que, supuestamente había calumniado "a una compañera de trabajo (Anastasia) sin pruebas" por un permiso urbanístico que la involucraba -caso del que ahora, no recuerdo detalles-, pero que me obligó a mejorar mis tácticas de guerra contra la astuta "señora de la coima".

De este modo, la pugna con Anastasia y su grupo fue larga, áspera y desgastante y, se prolongó, sobre todo, porque ella pudo sobrevivir los seis años del mandato del alcalde Lozano, presumo, a un factor clave a su favor: la debilidad por las féminas de mi estimado amigo y jefe. Un típico macho latinoamericano, de ojos azules y frondosa barba gris, quien se enorgullecía públicamente de tener "no una, sino varias amantes". Un mujeriego declarado. La Anastasia, muy artera sin dudas, pilló la oportunidad y así logró sobrevivir todo el mandato de mi amigo el alcalde Armando.

Un punto crucial: apoyo o falta de respaldo de los jefes

Frente a este cúmulo de presiones, tentaciones y dificultades que asolan el desempeño del funcionario público que quiere (y debe) ser honesto y eficaz en su trabajo de servidor público, resulta vital que éste **no se quede solo, aislado en sus actuaciones administrativas**; es **imperativo que cuente con el apoyo firme y abierto de sus superiores** para los procedimientos (honestos y correctos por supuesto) que realice. Ésta es, de acuerdo a nuestra experiencia, una condición necesaria para que un funcionario probo pueda cumplir su labor y no “ser crucificado” en el intento. Por el contrario, si los jefes son proclives a las actuaciones irregulares, pues ahí la cosa se le pone “cuesta arriba” al subalterno honesto.

Cuando un funcionario que aspira actuar con probidad se percata que sus jefes no le apoyan en sus actuaciones e, incluso, por el contrario, se oponen a su proceder!; pues, se enfrenta a una encrucijada: i) renunciar a su empleo (algo nada fácil en nuestros precarios mercados laborales), ii) ceder a las presiones y caer en actuaciones indebidas, iii) oponerse abierta o subrepticamente a sus directrices y soportar -difícil que sea por mucho tiempo- un calvario de ataques inusitados, o iv) “apartarse de la corriente” y pasar a la sombra de un desempeño “neutral” en el que evite “meterse en problemas” con los de conductas venales, pero sin caer en estas últimas. Creo que la inmensa mayoría adopta la opción iv; lamentablemente unos cuántos caen en la ii (enlodarse en el pantano de la corrupción); muy pocos a la i y, menos aún, a la mas dura e ingrata la

iii (oponerse a sus jefes proclives a la corrupción) que con mucha frecuencia te llevará como me pasó con el segundo alcalde a tener que renunciar.

En mi caso, puedo decir que tuve la inmensa suerte que, mis primeros jefes en el ayuntamiento, el alcalde Lozano y el ingeniero municipal Ortega (con quienes trabajé en sus dos períodos de gobierno de tres años cada uno) casi siempre me apoyaron consistentemente en mis actuaciones de protección ambiental. Incluso creía en ese tiempo -de manera ingenua- que tal apoyo era lo normal y obvio. Sin embargo, cuando ocurrió el cambio de burgomaestre pude rápidamente notar la enorme diferencia. Con el siguiente alcalde (José Hernández) fue tal la falta de respaldo a mis procedimientos de vigilancia y control ambientales que, luego de soportar un sinfín de descalificaciones, sabotajes e incluso la apertura de expedientes administrativos internos en mi contra tuve que renunciar al darme cuenta que no tenía sentido nadar contra la corriente antiecológica y complaciente con sus "amigos" del nuevo jefe político local.

Sin embargo, con el alcalde Lozano las relaciones laborales no siempre fueron "color de rosa". Eran más bien, torneos de esgrima con respeto y hasta afecto, pero, no exentos de momentos ásperos, regañones y hasta imposiciones desagradables, en ciertos casos. Siempre fui muy respetuoso de sus directrices como jefe máximo de la institución; en el sentido de acatarlas y respaldarlas en público; pero, al mismo tiempo, en privado, cara a cara con él, yo era "bastante respondón", muy crítico -defecto y virtud que me acompaña desde niño-. Cuando había una orden que no me parecía correcta se lo decía, le argumentaba incluso con vehemencia, y como el tipo era un polémico confeso, al igual que yo; pues, nos enfrascábamos en una diatriba corta pero encendida muchas veces pero, al final llegábamos a acuerdos. Ciertamente era que, con frecuencia

él se imponía con lo de "¡soy el alcalde y eso es lo que tienes que hacer!", pero, aún derrotado, mas no convencido, cerraba la polémica: "¡Lo haré, pero creo que en eso estas equivocado!".

Un episodio incómodo pero que al final me dio mucha satisfacción fue cuando el alcalde Lozano me prohibió airado y amenazante que no hiciera mas inspecciones con concejales de toldas políticas adversarias. Resulta que había un concejal que, en su lógico rol opositor le había atacado duramente en las sesiones de la cámara municipal y mi jefe por supuesto andaba muy molesto con el tipo. Ante su inusitada orden de no hacer más inspecciones con los concejales de la oposición, mi respuesta fue rápida y tajante: "Armando, si el concejal González llega con un problema de la comunidad a ti te conviene que yo lo resuelva para que tú quedes bien con tus electores. ¡Por lo tanto haré la inspección!" El hombre se quedó callado. Lo ponché en el acto. Seguí, de lo más tranquilo haciendo mis inspecciones con cualquier concejal que me pidiera apoyo para atender un problema comunal. Creo que muchos subalternos cometen el error de dejarse intimidar demasiado por sus jefes y terminan, no solo siendo más irrespetados por éstos, sino que tampoco, con tal comportamiento sumiso, le ayudan efectivamente en su gestión.

Años después, en mi actual empleo como profesor universitario, y siendo director de un instituto de investigaciones científicas, volví a sufrir la frustración de no contar con el apoyo firme y claro de mi superior en la jerarquía institucional. En este caso se trataba del decano de la facultad. Estaba yo teniendo mucha resistencia de parte de un grupo de colegas con relación al rumbo que debía tomar el instituto. El decano, quien había recibido -según me manifestó- quejas de parte de este grupo de profesores con respecto a mi, se reunió conmigo con la intención de resolver el conflicto. En algún momento de la conversación le expresé con angustia que en la universidad hacía falta gerenciar más; que yo había

sido formado para eso (hice una maestría en gerencia ambiental). Me miró fijamente y fue tajante: "Wilfredo, la universidad no se puede gerenciar". Me pareció tan lamentable que un gerente público de ese nivel dijera semejante sentencia derrotista. Pensé para mi, como decimos en Venezuela "¡Por eso estamos como estamos!". Luego de varios meses de mas desencuentros tanto con este grupo de colegas del instituto, como el decano decidí renunciar.

Mas malos ratos

Cuando emprendí mi quijotesca aventura en la alcaldía tenía 29 años de edad y me consideraba un tipo fuerte y de buena salud. A los tres meses andaba casi todo el día con unos mareos extraños, me sentía débil y agotado. No sabía qué me pasaba. Cuando a instancias de mi esposa fui al medico resultó que tenía una baja tensión sanguínea aguda asociada a un agotamiento nervioso fuerte, producto del estrés de mis primeros meses de trabajo en la alcaldía. Me recetó un medicamento que me alivió pero que no me gustaba porque si dejaba de tomarla un solo día, los mareos volvían de inmediato. Curiosamente fue mi propio jefe, el alcalde Lozano quien me dio una clave más efectiva (que todavía me sirve ante este tipo de dolencias). "Para evitar esos agotamientos yo me inyecto complejo B cada seis meses...". Santo remedio.

En cualquier organización que procure el mejor rendimiento de su personal resulta fundamental que se ocupe de atender las condiciones de salud de sus trabajadores. Sin embargo, en el tiempo que laboré en la alcaldía jamás contamos con asistencia médica (evaluativa ni menos preventiva). Todavía hoy, lo mejor de que disponen sus trabajadores es con la magra cobertura de un seguro en casos de emergencia (hospitalización, cirugía y maternidad).

Es así que para evitar daños a su salud propiciadas por las rabietas, frustraciones y presiones a las que inevitablemente se ha de enfrentar el funcionario recto, son muchos los que prefieren adoptar una actitud indolente, no necesariamente cómplice, sino mas bien, indiferente y evasiva ("meter la cabeza en el agujero como el avestruz o "hacerse el loco"). Mejor quedarse "sanito" (tranquilo) que meterse en problemas. Por supuesto, también para tranquilidad de los corruptos.

Creo que la prueba mas difícil, más dolorosa para el funcionario honesto es cuando le acusan -vaya paradoja- de actuar dolosamente. Sufrí varias veces tales señalamientos. Mi archienemiga Anastasia, como ya dije, se dedicaba a propalar rumores de que yo tenía un "chanchullo" (un negocio turbio) con los permisos de tala y poda de árboles. Ante ello y para "curarme en salud" siempre le daba cuentas precisas de cada procedimiento, no solo a mi jefe inmediato, el director de Ingeniería Municipal, sino que me "daba el lujo" de mantener informados a los vecinos de los lugares donde íbamos a hacer los procedimientos (fecha, contratista, alcance del trabajo, etc.). De tal manera que, ante prácticas tan regulares de transparencia administrativa era muy difícil que los corrillos de la pícara Anastasia fueran tomados en serio.

Sin embargo, con la llegada del nuevo alcalde -tal y como ya comenté- para mi sorpresa la cosa sí se puso "color de hormiga". Como ya el nuevo jefe municipal había destituido a Anastasia¹², pensé ingenuamente que ya todo iba ser tranquilo y maravilloso. Fue todo lo contrario. Lo primero, fueron las desautorizaciones a los procedimientos de vigilancia y control ambientales; algo que pocas veces había ocurrido

¹² Anastasia fue removida de su cargo en una dudosa reestructuración de la Ingeniería Municipal, que se redujo a cambiarle el nombre por Dirección de Planeamiento Urbano y eliminar el cargo de la susodicha; me extrañó que ésta no apelara ante los tribunales laborales, pues ella era funcionario de carrera y le correspondía, en todo caso un traslado. Quizás ya tenía un mejor negocio en mente. Nunca más supe de ella.

con mis anteriores jefes. “¡Deja de estar persiguiendo a mis vecinos!”, me dijo molesto y categórico, el nuevo alcalde, cuando le paralicé un movimiento de tierra a un propietario, que de manera descarada tenía un bote de escombros y tierra al río principal del municipio. El impasse fue un shock para mi; no obstante, traté de seguir adelante con lo que siempre había sido mi desempeño en resguardo del ambiente en nuestra localidad.

Lo peor ocurrió cuando un chico (de unos 22 años) que tenía menos de un mes como inspector de obras fue detenido por la Policía Municipal, al ser sorprendido, supuestamente in fraganti, cobrando una comisión por un permiso urbanístico. Nuevamente me impresionaba ver la rapidez con que un funcionario sin haber todavía aprendido bien el trabajo institucional para el que se le contrataba, caía en actos de corrupción descarados.

Pero mi mayor sorpresa fue cuando se aparece un policía municipal y nos pide a mi asistente (otro jovencito muy trabajador y sano) y yo que le acompañemos a la Policía municipal “porque el alcalde Hernández había dado la orden de averiguar a todo el personal de la dirección”. Sin embargo, luego nos enteramos que sólo a nosotros dos se habían llevado.

Nos tuvieron en una sala de espera por unas dos horas; dejan irse a mi asistente y me dicen que yo tengo que seguir esperando. Al cabo de un largo rato (mas de media hora), me impacienté ante tanta soledad, -tuve un presentimiento de que algo raro pasaba- pues nadie venía a esa sala del primer piso y, entonces muy nervioso, bajé por unas escaleras hasta la planta del local donde me intercepta un policía que con cara de incomodidad me recrimina que yo no podía estar allí, que tenía que regresar a la sala de espera. ¡Carajo! -dije yo-, y le increpé también molesto y enérgico- ¿Quiere decir, entonces, que estoy detenido?; el funcionario ni lo afirmo ni lo negó pero se puso nervioso e incómodo.

Resulta difícil expresar el intenso y brusco malestar que se siente ante semejante situación por demás inesperada. Gracias a Dios mantuve una actitud bastante asertiva (ni muy agresiva ni pasiva o resignada). Como en las películas, muchas cosas pasaban por mi mente en modo emergencia (ya hacía varias horas, quizás cuatro desde que me llevaron a la sede policial); me costaba creer estar en semejante situación. Que paradaja; ni en mis tiempos de estudiante revoltoso, cuando me metí en tantos líos políticos y protestas jamás había estado detenido y pasarme ahora que era funcionario de alto rango y de trayectoria poco menos que intachable.

Entre tantas elucubraciones, de pronto recordé que tenía bastante confianza con el Jefe de Operaciones de la Policía Municipal, quien solía apoyarme, incluso personalmente, en diversos procedimientos de control ambiental que ameritaban acompañamiento policial. Incluso recuerdo que, jocosamente cada vez que me veía me solía decir "Wilfredo, el malandro Evaristo te anda buscando para matarte"¹³. Como yo conocía bien el edificio pequeño de dos pisos me acerqué al balcón y, con suerte, pude ver a mi amigo el jefe policial e inmediatamente le llamé. Recuerdo que con cara de molesto y procurando no verme asustado -y por tanto no parecer culpable o sospechoso), desde arriba, le increpé: "¡Arcadio, dime si estoy detenido o qué, para actuar en consecuencia! (pensando en llamar a un abogado, a mi esposa, etc.). Me respondió rápido y con un tono seguro y enfático, que me quedara tranquilo que él resolvía; que tuviera paciencia y esperara. Su actitud cordial y segura logró tranquilizarme bastante en tan difícil momento.

¹³ Un delincuente común que solía tener un bote de escombros ilegal y cuando fue apresado (con mercancía robada) durante uno de los procedimientos de control ambiental me insultó y lanzó amenazas en mi contra acusándome de ser el culpable de su detención.

Al cabo de pocos minutos me hizo pasar a su oficina (en la que ya había estado varias veces para pedir apoyo en procedimientos de vigilancia y control ambiental). Me explicó que "...el carajito que habían detenido extorsionando a un contribuyente me había acusado de ser yo el jefe de la banda" (¡!). Quedé estupefacto. Le dije con desagrado que esa era la acusación mas descarada del mundo; el policía se apresuró en darme la razón y dijo "por supuesto Wilfredo, nosotros sabemos quien eres tú, nosotros hemos visto tu honestidad." "Te voy a decir la verdad, Lo que pasa es que el alcalde quiere que te detengamos, quiere involucrarte en ese asunto; pero quédate tranquilo, nosotros sabemos que tu no tienes nada que ver con eso; yo te tomo declaraciones y te vas tranquilo a tu casa". Incluso el comisario mandó a comprar unas arepas para que cenara (ya eran las nueve de la noche y estaba allí desde mas o menos las dos de la tarde); fue un gesto muy hermoso y honorable de parte del jefe policial. Tiempo después me decía para mis adentros es duro actuar con honestidad y valentía, pero al final el reconocimiento es inevitable. Tal y como me había dicho el comisario Arcadio, me dejaron ir a casa luego del interrogatorio. "Vete tranquilo Wilfredo yo sé que tú no has hecho nada; ese alcalde es un necio".

Luego entendí que había sido una retaliación personal del imberbe alcalde (un muchacho de apenas 25 años de edad que en su vida jamás había trabajado en la calle ni menos dirigidos empleados). Pocos meses antes, este petimetre había hecho lo mismo (retener varias horas en la policía municipal) nada menos que a la hija del exalcalde Lozano, amiga de la infancia del propio nuevo alcalde Hernández. Le había acusado de sabotaje a su gestión, como jefa de informática, cargo que él mismo le había otorgado. Se le desató una paranoia con el exalcalde y temía de todos los funcionarios allegados al anterior burgomaestre; y, yo sin saberlo, estaba en esa "lista negra" del nuevo alcalde.

El asunto de la acusación de "*matraquero*" en mi contra no se quedó allí. Me abrieron un expediente administrativo para averiguar mi posible responsabilidad en el caso del presunto fiscal corrupto. Tuve la suerte que no me suspendieron de mi cargo (aunque lo correcto era que lo hubieran hecho mientras se hacían las averiguaciones respectivas, lo que muestra las incoherencias institucionales del referido personaje). Varios meses después el funcionario encargado del expediente me informó que había dictaminado que no había ningún indicio de responsabilidad mía en el referido caso y que iba a proponer al alcalde cerrar la averiguación en mi contra. Efectivamente fue así.

También me enteré que el alcalde Hernández, con anterioridad, había abierto otro expediente en mi contra (idos en menos de un año!) ante la Contraloría Municipal; habiéndose dictaminado, sin que yo siquiera me enterara, que era inocente de las acusaciones en mi contra. Ante tal cuadro de hostilidad y agresiones del nuevo alcalde no vi otra opción que renunciar. Algo que me llamó la atención y me molestó tanto, fue que jamás tuvo la valentía de pedirme directamente la renuncia antes de tomar acciones tan viles como estas burdas componendas en mi contra. Debió ser parte de su inexperiencia como gobernante. Debería exigirse una mayor edad (al menos 35 años) y cierta trayectoria pública para tan delicada responsabilidad. Parte de la poca importancia que en muchos países de Latinoamérica se les otorga a los cargos municipales.

No recuerdo otros momentos de mi vida donde haya sufrido tanto estrés emocional. Supe de un amigo, también funcionario público, durante el corrupto gobierno del expresidente Jaime Lusinchi (1984-1989) quien murió de un infarto cuando fue amenazado de ser detenido por acusación de infundio contra la entonces todopoderosa secretaria privada del presidente. Otro viejo colega de la universidad fue internado con serios problemas psiquiátricos, a raíz de la tensión emocional desencadenada en

su lugar de trabajo (donde laboró por mas de 20 años) al enfrentarse abiertamente a conductas venales durante uno de los períodos de gobierno del fallecido expresidente Hugo Chávez.¹⁴

Se requiere una buena dosis de valentía, sin dudas para soportar los duros ataques que sufrirá un funcionario honesto (aun de alta jerarquía en la institución) en un entorno organizacional corrupto; y mas aun, si se propone enfrentar y corregir seculares vicios institucionales; pero, además, debe desechar cualquier ingenuidad (p ej. esperar consideración de parte de los coimeros) y, sobre todo, procurarse un significativo apoyo institucional, y no escatimar en el asesoramiento psicológico para sobrellevar la consiguiente carga de estrés que tendrá.

A pesar del sufrimiento en el camino de un funcionario con desempeño honesto, actuar conforme a nuestra conciencia y valores, saber que, de cierto modo, hiciste una diferencia aun pequeña para ayudar a mejorar las cosas, proporciona una paz espiritual y satisfacción que compensa, en mi opinión y experiencia, los inevitables malos ratos.

¹⁴ "Lo que no mata engorda" die un refrán popular venezolano; en mi caso, estos duros avatares me ayudaron a curtir la piel para soportar ciertos duros conflictos en mi posterior vida laboral personal. Recuerdo, siendo director del antes referido instituto académico, a una secretaria de la facultad diciéndome "no entiendo profesor cómo usted anda tan sonriente y tranquilo con tantos problemas en su instituto". Le dije que no veía porque me tenía que amargar por ello. En mi interior me dije "...el que algunos colegas pidan mi renuncia por trasladar a una secretaria saboteadora es una situación menor en comparación con lo que tuve que padecer en la alcaldía por actuar con honestidad en el manejo de permisos ambientales.

La institución pública ciega, sorda y muda ante la corrupción

Si bien la carga de valores y actitudes con que llega el funcionario novato, tal y como hemos visto, tienen un peso decisivo, es en la propia institución gubernamental donde se gestan y reproducen de manera mórbida los hechos de corrupción. Y si la institución se muestra ciega sorda y muda -como la canción que popularizara la magnífica cantante colombiana Shakira- frente a este cáncer social, cabe preguntarse ¿Qué podemos esperar sino la entronización endémica de la corrupción administrativa hasta los tuétanos de nuestros aparatos estatales, afectando desde la economía, la estabilidad política hasta la moral de la sociedad? Veamos, cómo la falla institucional se expresa en una especie de conspiración silenciosa para que el desorden continúe.

Un tema tabú

En nuestros entes públicos todo lo que suene a corrupción, suena, pero, apenas en un soterrado, muy bajito murmullo que susurra por los pasillos. Algo que todo el mundo sabe o sospecha (la venalidad de algún jefe o de un compañero subalterno), pero que nadie comenta abiertamente. La cruzada difícil y estresante que llevamos a cabo en la alcaldía de Los Salias a principios de los noventa fue una sucesión de jugadas, escaramuzas y procedimientos silenciosos y encubiertos. Claro, es cierto que la misma condición de confrontación interna ameritaba mucha discreción en el manejo del asunto. Mas si esto era muy válido antes de llevar a cabo la acción depuradora, una vez destituidos, tampoco, en ningún momento, se abordó formalmente el asunto; solo se quedaba en la anécdota subrepticia de los corrillos de pasillo. Ante tantos episodios de hechos ilícitos de diversa índole que ocurrían en la alcaldía y

el ministerio (matraqueo, extorsión, trafico de influencias, cobros de comisiones o sobrepagos etc.) **jamás hubo ningún abordaje directo y explícito del problema** en las sempiternas reuniones de trabajo que se daban, sobre todo para abordar innumerables urgencias.

Qué aleccionador y preventivo sería para el funcionariado que las máximas autoridades institucionales (alcalde, directores) se reuniesen con el resto del personal subalterno y le pusieran en autos, no con detalles inconvenientes, pero si con la relevancia necesaria acerca de los errores cometidos por algunos compañeros de trabajo; escuchar las opiniones del personal; algo difícil, cierto, porque el funcionario probablemente asustado prefiera "*quedarse calladito, para verse mas bonito*", pero quién sabe, si al dársele la oportunidad pudieran surgir ideas, antídotos interesantes para ayudar a prevenir este crónico mal de la corrupción administrativa.

Mientras siga siendo un tema tabú dentro de la propia institución será poco el servicio que se estará haciendo a la sana gestión, mas eficaz y por tanto verdaderamente exitosa a largo plazo para nuestros países.

El funcionario nuevo es el mas indefenso

El funcionario novato es quien queda mas expuesto ante este silencio institucional frente al tema de la corrupción. El que recién llega con poca o ninguna experiencia administrativa ni menos conocedor de las rudezas de la vida burocrática latinoamericana. El mayor peligro está cuando caes "en un nido de víboras" dedicadas al cobro sistemático de comisiones y otros "*rebusques*". ¿Cómo afronta semejante trampa organizacional un recién llegado funcionario, escasamente preparado para ello? ¿No será un candidato mas fácil para que se conecte en el circuito corrompido?; acaso

¿no funcionan algunas oficinas públicas como verdaderas escuelas de “formación” en el latrocinio?

En ninguno de los entes públicos que he laborado, y menos en una alcaldía, donde se manejan a diario permisos para grandes inversiones inmobiliarias, obras públicas, etc. jamás supe de algún curso de formación ética o afín. En la universidad me enteré de que existía una ley venezolana contra la corrupción cuando dejé el cargo de director del Instituto de Investigaciones geográficas y recibí una carta de la Contraloría General de la República pidiéndome una nueva declaración jurada de bienes (ya lo había hecho al ingresar al cargo de docente en la universidad), la cual debía entregar en un lapso perentorio. La dirección de recursos humanos de la facultad jamás se ocupa de orientar al respecto a los nuevos directores ni mucho menos al resto del personal.

Apenas, en el mejor de los casos, tan solo una inducción básica de las funciones administrativas que debe cumplir es la orientación que la institución da al recién incorporado. Nada acerca del contexto legal y menos sobre los deberes morales y las implicaciones éticas de un trabajo tan relevante como es el de un funcionario público. De manera insólita y por demás lamentable, la institución se desentiende de tan decisivo asunto, la prevención efectiva de una sana actuación del empleado. ¿por qué el Estado, sus instituciones no tienen **escuelas de formación ética para sus funcionarios**? ¿Por que la opinión pública, **la sociedad no lo exige**? La preparación moral del funcionario debería establecerse de forma obligatoria en las leyes de una república que se precie de tal.

En este sentido, cada funcionario nuevo representa una magnífica y decisiva oportunidad para comenzar a “*enderezar los entuertos*” en nuestras instituciones públicas. Muy oportunos pudieran ser cursos obligatorios y bien diseñados de formación ética orientados a la realidad de nuestros países y a la agitada dinámica de sus entes gubernamentales.

De igual modo, la aplicación de mecanismos formales para hacer seguimiento al proceso de preparación y desempeño de los nuevos funcionarios, al menos durante los primeros años (dos o tres) de inicio en sus funciones públicas e, incluso, pudiera contarse, para ello, con la vigilancia de actores externos (veedores públicos, comunitarios, etc.)

¿Es tan engorrosa, e inviable la **institucionalización de la preparación ética del funcionario público**? ¿no valen tales esfuerzos la prosperidad económica, social y moral de nuestros países? ¿Seguiremos con los discursos sempiternos contra la corrupción y las manidas promesas en las campañas electorales y los patéticos fiascos, luego, en la anhelada gobernanza?

Cuando a la propia comunidad no le interesa la transparencia

Desde que apareció en la escena mundial de los años noventa aquel ruso elegante de la extraña mancha en la frente, Mikhail Gorbachov me llamaron la atención sus planteamientos transformadores, valientes y audaces de la *Perestroika* y la *Glasnot*. Esta última, como se sabe, significa en ruso **transparencia**. Nada menos. Sus propuestas abrieron camino para uno de los cambios políticos más impresionantes de la Historia contemporánea y, a pesar de sus altibajos, también para lograr avances democráticos concretos en el antiguo y cerrado bloque soviético.

Cómo exmilitante comunista, la caída del Bloque Soviético no fue para mí tanto nostálgica (ya hacía unos cuantos años que yo sentía un rechazo por el modelo autoritario, dictatorial del llamado socialismo real) pero sí aleccionadora; pues, de cierto modo había padecido algo del "monstruo por dentro" en mi corta pero intensa militancia revolucionaria (como refiero más adelante en el capítulo "*La doble moral de algunos*

revolucionarios”). Por eso cuando, fui director del instituto de investigaciones geográficas de mi facultad vi una oportunidad magnífica para demostrar mis dotes “*gorbachianas*” de aplicación práctica de la transparencia administrativa (*Glasnot*). De este modo, cuando recibí de otro director cierta información acerca de la distribución de ingresos y gastos de los institutos de la facultad en los últimos 10 años, lo vi como una magnífica oportunidad para democratizar la gestión académica. Tal información de la ejecución real del presupuesto era manejado con un celo de “información confidencial” por las altas autoridades académicas; por lo que era muy poco conocida incluso por los propios directores. Las cifras confirmaban la sospecha de lo injusto de la distribución presupuestaria de la facultad y el perjuicio notable para los institutos de investigación, en comparación con otras dependencias administrativas.

De este modo pensé, con beneplácito, que mi comunidad de investigadores, colegas laboriosos y apasionados, sin duda, en su valiosa labor intelectual, merecía conocer tal información. Envié correos electrónicos a todos con el sintético cuadro descriptivo, que evidenciaba los exiguos flujos de dinero para nuestra labor académica. Tan solo una profesora -coincidentalmente quien me había precedido en la dirección- me contestó (con copia al resto del personal profesoral) reclamándome molesta que “...cómo se me ocurría hacerles perder su tiempo con ese tipo de información administrativa que no era asunto de ellos”. Que eso le correspondía exclusivamente al director. Me quede desarmado y desilusionado. Meses más tarde, luego de haber renunciado al cargo, consideré que posiblemente la ex-directora (con el tiempo volvió a ser de nueva la directora del instituto) había reaccionado a la defensiva porque ese acto de transparencia administrativa no la había tenido ella y, además, era crear un precedente incómodo para futuros directores. Lo cierto es que ningún otro profesor opinó nada al respecto. ¡Que fastidioso

es eso de la transparencia, verdad! Y luego nos quejamos de que no se sabe qué se hace con el dinero del estado; qué ha hecho el director de turno con relación a las insatisfechas necesidades del personal o de la comunidad, etc.

Debo aclarar que no estoy insinuando que haya necesariamente un manejo doloso de los ingresos en la institución universitaria; dado lo insólitamente escaso de nuestro presupuesto en las últimas décadas (desde los años noventa en adelante) y el alto talante moral que considero prevalece en nuestra comunidad académica, difícilmente se pueda hablar de una situación similar a la que acontece de manera crónica en otros entes gubernamentales que gozan de presupuestos mas generosos. Sin embargo, este **mal hábito de no rendir cuentas de manera regular y rigurosa**, como si ocurre por ejemplo en las universidades norteamericanas, al menos las más grandes, es un mal atávico y dañino presente en la casi totalidad de las universidades venezolanas.

Otro caso que evidencia este fallo institucional es el de un decano quien permaneció en el cargo durante 14 años (¡período de por si excesivo!) y tan sólo fue al renunciar que presentó un informe de rendición de cuentas, a pesar que la Ley de Universidades de Venezuela establece que los decanos deben presentar un informe anual de su gestión ante la Asamblea de Facultad; y en tanto que, paradójicamente, él nos exigía a los directores al final de cada año un informe de gestión. Tan sólo un profesor (cual lobo solitario) hizo una pública y vehemente denuncia de semejante irregularidad ante el silencio apático de las masas profesoral y estudiantil que hacemos vida académica en la facultad.

Es así que, con relación al tema de la falta de transparencia en la gestión administrativa poco se resalta que no se trata tan sólo de un mala práctica de las autoridades de turno sino **también un mal reforzado**

por la indiferencia ciudadana ante la necesidad vital de transparencia administrativa como una regla del juego institucional en América Latina. ¿Acaso, vale aquello de que “cada pueblo tiene los gobernantes que se merece”? Nos quejamos de que no se sabe en qué gastan el dinero público nuestras autoridades. Pero, en realidad, cuántos estamos dispuestos a dedicar parte de nuestro valioso y escasísimo tiempo para revisar cifras presupuestarias; ¿cuántos ciudadanos asisten o siquiera revisan la memoria y cuenta (por demás pírrica y vaga) que presentan los alcaldes cada año? Es así que opera, entonces, otro círculo vicioso clave en el problema de la corrupción, **un reforzamiento mutuo entre la ausencia de transparencia de los administradores y la indiferencia al respecto de los administrados**. Como no me presionan ni me obligan a dar información de lo que hago no la doy; como nadie informa todos nos acostumbramos a que siga siendo así. Se trata de una cultura de la opacidad o, mas bien, de la oscuridad administrativa; todo lo contrario de lo que exige el mundo avanzado de hoy para sostener países exitosos: **transparencia institucional**. Mientras no haya también un cambio de actitud en el ciudadano común difícilmente se logren avances sustanciales hacia una gestión pública eficaz.

El funcionario honesto que actúa en solitario no llegará lejos

¿Cuánto se conoce sobre las batallas diarias y terribles que libra un funcionario que quiere actuar honestamente? Solo salen a relucir los vergonzosos casos de funcionarios corruptos. En consecuencia, la sociedad solo ve ese lado sórdido y negativo del empleado público. Hasta el punto que se convierte en una estigmatizante y reforzadora creencia generalizada que todo funcionario público es corrupto e ineficiente.

Una de las peores calamidades que puede padecer un funcionario honesto es la soledad en sus actuaciones y la falta de apoyo de sus superiores (tal y como lo abordamos antes en la sección "*Un punto crucial: apoyo o falta de respaldo de los jefes*"). Entre los episodios que más me impresionaron en mi duro paso por la alcaldía fue ver desfilar cual estrellas fugaces a algunos directores y subdirectores. Recuerdo los insólitos casos de dos subdirectores, flamantemente instalados en sus cargos y abruptamente destituidos por el alcalde, uno el mismo día (i) y el otro, una semana después. En tales casos, no fue por acusaciones de corrupción, sino simplemente por generar la ira del alcalde al tomar ciertas decisiones polémicas de manera unilateral, sin el consenso previo del director de ingeniería y el propio alcalde.

Viendo en retrospectiva mi experiencia en la alcaldía considero tuve la suerte (providencial) de que se combinaran dos circunstancias: una, que mis jefes (el alcalde y el director de Ingeniería) fueran abiertos "paladines" contra la corrupción, y la otra, que había un excelente "feeling" personal entre los estilos de trabajo de los tres. Recuerdo las frecuentes conversaciones -mas que reuniones formales- entre el director Ortega y yo, previas a la realización de procedimientos difíciles donde había grandes intereses económicos o fuertes presiones políticas. Cuadrábamos un plan y yo le mantenía informado de mis pasos al respecto. Con el alcalde eran menos frecuentes las reuniones dada la complejidad e intensidad de sus tareas y compromisos, como cabe esperar, propias de la autoridad mayor local. No puedo negar, que sí tuvimos algunas discrepancias, incluso bastante fuertes en algunos casos,

sin embargo, prevaleció una capacidad mutua de “decirnos las verdades en la cara” y, sin dudas, una alta carga de aprecio y respeto mutuo.¹⁵

Difícilmente hubiera podido sortear durante siete años tantas dificultades si mis jefes no me hubiesen apoyado en tales actuaciones y si no hubieran compartido mi manera de ver la gestión pública. Solo pude percatarme de la importancia decisiva de tal apoyo cuando dejaron el cargo. El cambio de alcalde -luego de los dos periodos de tres años con reelección incluida- fue para mi un punto de inflexión hacia una debacle.

El nuevo alcalde, un inmaduro chico de 25 años, quien -como referí anteriormente- había tenido muy escasa experiencia laboral anterior a tan delicado cargo público, me ordenó a los pocas semanas “...que no molestará con ningún procedimiento administrativo a sus vecinos”; que él no estaba de acuerdo con “estar fastidiando a nadie”. El incidente que motivó este inusitado llamado de atención se trató del caso -brevemente mencionado con anterioridad- de una persona a quien no se le ocurrió una manera mas práctica de deshacerse de unos cien metros cúbicos de tierra que arrojarlos, sin mas, al río principal de la zona; sitio que tenía la peculiaridad de ser parte de la cuenca alta de un curso de agua que con frecuencia ocasionaba serios problemas de desbordamiento, en especial sobre una carretera de alto tránsito incluso afectando a otros municipios. Un caso ambiental sumamente grave, pues, para colmo, no tramitó ningún permiso para las obras que realizaba. Era un episodio más, de

¹⁵ El alcalde Lozano no era de hacer elogios directamente; pero, su apoyo fue mas que evidente. Algunos allegados nuestros en la alcaldía me comentaban cómo defendía mis actuaciones y me valoraba como persona. “Wilfredo Es un ‘*Doctor No*’ (parodiando mi recurrente propensión a negar un permiso cuando consideraba que adolecía de fallas relevantes) pero, es muy honesto y sabe lo que hace”.

abuso y de ignorancia de la normativa ambiental, de los tantos que habíamos enfrentado durante años en el ayuntamiento.

La tajante desaprobación del nuevo alcalde fue para mi un choque psicológico tremendo. Solo después de sufrir, durante un año, muchos sinsabores, incluso algunos muy delicados (ya referidos en la sección "*Cuando se resiente la salud del funcionario honesto*"), como las dos averiguaciones administrativas en mi contra -en las que no me pudieron inculpar, gracias a Dios-, fue que, con mucho pesar, le presenté mi renuncia.

En verdad, no sé como soporté todo un año trabajar con la desconfianza del nuevo jefe. El tipo estaba convencido que yo era una especie de "espía" del anterior alcalde (¡!), con quien él estaba enconadamente enemistado, a pesar de haber sido su asistente personal y haber contado con su apoyo para llegar a alcalde. Y para completar el ambiente de discordia entre ambos, las enfrentadas visiones que teníamos acerca de la gestión de protección ambiental. Creo que era un *antiecológico* en el fondo, a pesar de haber militado en el Grupo Vecinal Ambiental (fundado por el ex alcalde Lozano).

Mi arma secreta

Creo que otra de las claves -mi arma secreta!- para poder haber sobrevivido siete largos años lidiando con intereses poderosos en un departamento de permisos urbanísticos de una alcaldía fue que, intencionalmente busqué y mantuve un apoyo directo y franco y prácticamente incondicional de unos cuantos dirigentes vecinales, cuya alianza y amistad fui cultivando como un paciente agricultor.

No recuerdo exactamente cuándo y como me surgió la idea; lo que si creo es que debió tener mucha relación con una valiosa enseñanza que tuve en mis tiempos de militancia política en Venezuela en mi temprana juventud (entre los 16 y 18 años). En ese entonces, estando en una de las reuniones de balance del frente estudiantil de mi organización, me jactaba yo -muy orgulloso- de una valiente protesta callejera en la que con un reducido grupo de militantes de otros partidos de la ultraizquierda (y encapuchados) enfrentamos a la policía por la brutal represión que habían padecido otros estudiantes del país en esos días.

Víctor, nuestro jefe regional – un tipo ya maduro, de unos 35 años- muy serio y categórico sentenció ante el colectivo de camaradas, muchachos de liceo: “Compañero, usted no sale mas a la calle si no tiene una masa (de estudiantes) que lo respalden. Ese error se llama foquismo y nosotros no somos foquistas; ya esa vaina le ha hecho mucho daño al movimiento popular”. Quedé “ponchado” en el acto. Traté de defenderme insistiendo en que la indignación por la despiadada represión (incluso con la muerte de algunos estudiantes) oficial en el país nos había obligado a responder de manera rápida y enérgica. A nuestro jefe político le gustaba dialogar -por suerte para mí- y sobre todo argumentar sus puntos de vista (a diferencia de la mayoría de los superiores en el mando que conocí, autoritarios y de poco interés en debatir las opiniones). Nos dio varios ejemplos de nefastas experiencias vanguardistas, de acciones de grupúsculos que terminaron aislando mas la causa revolucionaria en los años sesenta y setenta. Este líder era para mi un gran sabio y sus palabras fueron contundentes en mi conciencia juvenil. Desde esa vez abandonamos las acciones vanguardistas y nos pusimos a trabajar mas de cerca con la masa estudiantil en función de sus reivindicaciones inmediatas. Fue una gran lección de vida.

Años mas tarde cuando me vi lidiando contra mi nuevo enemigo (personas procurando solo beneficiarse sin importarle los daños al patrimonio ambiental del municipio o a los intereses comunes de los vecinos) me dije yo no puedo actuar solo contra estos "bichos". De tal modo, que comencé a contactar a dirigentes vecinales de la localidad. Aquello fue una especie de mutua atracción, casi un amor a primera vista. La conformación de una alianza casi secreta y letal para nuestros adversarios en el frente ambiental.

Estos vecinos estaban fascinados (lo manifestaban abiertamente) que un funcionario municipal les consultara (no se trataba de solo reuniones informativas), sentados durante horas en mi oficina con los planos e informes técnicos sobre la mesa, alertándoles de los potenciales daños o irregularidades con determinado proyecto; o de las andanzas de algunos de los funcionarios corruptos (como mi archienemiga "Anastasia") o testaferros de grandes intereses en solicitud de permisos de construcción.

Evaluábamos la situación y en conjunto fijábamos planes de acción. Hicimos una alianza imbatible. Recuerdo cierta vez, haber recibido una amenaza al poner reparos a un proyecto que afectaba un área verde municipal. "¡Te voy a denunciar con el alcalde, que es amigo mío, ya verás, voy hacer que te boten!" Inmediatamente, al retirarse la persona, llamé por teléfono a unos cinco o seis dirigentes vecinales allegados, les conté el asunto, enfatizando la amenaza de mandarme a botar con el alcalde. No pasaron dos horas y ya estaban en el despacho del alcalde Lozano -quien había creado una práctica magnífica de permitir la presencia de dirigentes vecinales fuera de los días de audiencia formal. Principalmente era un grupo de señoras mayores -entre 50 y 70 años de edad-, mujeres jubiladas o amas de casa que conformaban la gran mayoría de la dirigencia vecinal del municipio. Yo les llamaba

cariñosamente “mis viejitas peleonas”, quizás, por el contraste conmigo - en ese entonces-, de un hombre más joven, de treinta y tantos años. En Venezuela es muy reconocida la fuerza verbal y la presencia intimidante de las mujeres nuestras, que cuando se ponen bravas “son de armas tomar” (como solemos decir). “¡Cómo es eso que quieren botar a Wilfredo!; ¡Wilfredo tiene razón! ¡Ese fulanito es un bandido!...” Creo que al alcalde, a pesar de la sorpresa, le agradaba darse cuenta de lo bien informadas que estaban las vecinas sobre los proyectos urbanísticos que llegaban a la alcaldía; pues, luego de ese momento no me hizo ningún llamado de atención al respecto; mas bien recuerdo su sonrisa socarrona “quédense tranquilas que Wilfredo está haciendo su trabajo.”

Fueron estos vecinos en verdad “mis ojos, oídos y bocas” en cada rincón del municipio. En especial en aquellas zonas de escasa población y con zonas verdes de difícil acceso. Cierta vez, al llegar temprano un lunes a la oficina recibí una llamada de una mis aliadas vecinales reportando que durante el fin de semana había escuchado un ruido de máquinas en una zona boscosa de los alrededores de su urbanización. Pedí apoyo a la policía municipal y nos dirigimos en comisión a inspeccionar. A primera vista todo se veía normal; pero luego de internarnos por caminos mas rústicos, poco transitados y de terminar incluso entrando a pie, encontramos, oculto en la espesura de un magnífico bosque, a un maquinista echando abajo árboles, inclemente, con su “bulldozer”. De inmediato fue detenido y se citó a los responsables de la desastrosa acción. Si no fuera por la oportuna alerta de la vecina aliada no hubiese podido salvarse esta zona verde de un daño mayor. ¡Cuántas veces actúa el Estado *a posteriori* después que el daño ambiental está hecho! Estoy completamente seguro que si yo hubiese actuado sólo en mi quijotesca labor de protección ambiental honesta, sin el apoyo de

tantos vecinos preocupados y de mis superiores inmediatos no hubiese durado un mes en el cargo.

Hoy día con el auge de las redes sociales y los maravillosos recursos disponibles en la Internet, esta alianza de apoyo, seguimiento y control con los vecinos y otros actores clave (ongs, medios de comunicación etc.) resulta mas factible y efectiva. Pero, atención, no se trata meramente de que cada alcaldía tenga su propia pagina web o un blog para “informar a la comunidad y recibir quejas en línea”, como un mero slogan publicitario (solo con miras a las campañas electorales), sino de algo mucho mas profundo y sostenible.¹⁶ Implica que se debe alcanzar en ambos actores clave –gerentes y demás funcionarios públicos, de una parte, y de la otra, líderes vecinales y ciudadanos proactivos”- ***una convicción profunda y nuevos hábitos de hacer cotidiana la comunicación bidireccional (administrados-administradores) en los asuntos de la gestión pública.*** Conformar, en este sentido, un equipo de trabajo mancomunado requiere el intercambio sincero de información relevante para ambas partes y en la convicción de que, ciertamente ganamos más con la transparencia informativa y el monitoreo que con la indiferencia y el aislamiento comunicacional que todavía prevalece tan arraigadamente en nuestras sociedades en materia de gestión pública. ¿Es algo utópico? Bueno, nuestra pequeña y modesta experiencia en una alcaldía latinoamericana de los años noventa nos mostró que sí es posible y que fue algo exitoso y por demás benéfico al interés colectivo.

¹⁶ El revelador libro de Diego Beas “**La Reinención de la Política. Obama e Internert**” nos muestra cómo las nuevas tecnologías de la información y la comunicación pueden revolucionar, y de hecho lo están haciendo, el mundo de la política y la gobernanza.

La corrupción es vista como un problema ajeno al ciudadano común

Los únicos actores de esta tragicomedia latinoamericana de la corrupción administrativa no son sólo el funcionario público y el contribuyente que busca favores. Hay un escenario social y algunos actores de reparto que, con mucho dolor, pero con honestidad y responsabilidad debemos incluir. Sin pretender quitarle responsabilidad a quien decide caer en fechorías; contribuyen a ello, y con mas frecuencia de lo que se suele admitir, **ciertas conductas de familiares y amigos que poco apoyan el desempeño ético del funcionario**. Y, en otro frente, mas amplio, pues, prácticamente abarca al conjunto de la sociedad, también incide en la prevalencia de la corrupción **la percepción externa, como de algo ajeno, que no le incumbe, de la mayoría ciudadana** ante los recurrentes sucesos de venalidad pública que aparecen en la prensa diaria; indolencia y externalidad que refuerzan, de manera subrepticia pero decisiva la persistencia crónica de este mal social en nuestros países.

Familiares y amigos con frecuencia contribuyen a los deslices del funcionario.

Las escandalosas muestras de nepotismo en muchas de nuestras instituciones públicas son proverbiales. Tanto, que se ha hecho, tristemente, algo corriente, aceptado. *"¡Ahora que tienes ese cargo te toca ayudar a los tuyos!"*. *"¡Fulanito es un ingrato! ahora que está en ese puesto se olvidó de sus "panas" (amigos) de toda la vida"*. Son frases, casi clichés que se activan en cuanto algún familiar o amigo ha "coronado un buen puesto en el gobierno". Mi exesposa me cuestionó vehementemente mi rechazo inicial a los regalitos navideños de algunas empresas

contribuyentes. Es cierto, que terminar aceptándolo fue una decisión mía, pero, estoy seguro de que, si no hubiese mediado su insistencia, o si, por el contrario, hubiese apoyado mi inicial rechazo, no creo lo habría hecho.

A principio de los años dos mil tuve como jefe en una fundación del Ministerio del Ambiente a un brillante y carismático gerente. Era admirable su eficacia y creatividad para resolver grandes dificultades organizacionales. Cuando tomó el cargo la institución estaba amenazada de cierre, pues era mas una carga presupuestaria que una ventaja para el ministerio. Fue durante su gestión que se logró un superávit financiero y una proyección social impresionante. Sin embargo, sus más cercanos colaboradores en el cargo -entre los que tuve la fortuna de contarme, ya que aprendí mucho de su liderazgo y bondad- llegamos a sospechar seriamente que desviaba fondos de la fundación para sus gastos familiares.

La primera sospecha surgió luego de sus reiterados comentarios cargados de preocupación que necesitaba con urgencia comprar un buen equipo de computación para su hija que se lo estaba pidiendo; pocas semanas después nos cuenta que había logrado comprar una bien equipada computadora para su hija, justo cuando la asesora financiera de la fundación nos comentaba a modo de chisme subrepticio, que había gastos en la contabilidad que no le cuadraban. Fue inevitable relacionarlo con la apremiante compra familiar que el propio gerente nos había comentado. Ninguno se atrevió siquiera a tocar el asunto de manera formal ni menos referírsele al involucrado.

El asunto se convirtió en una especie de "chiste" a escondidas entre los tres funcionarios que habíamos hecho tal conjetura. Nos decíamos con ironía, el profesor (era docente jubilado) "como que tuvo otras urgencias con la familia" porque volvían a faltar ciertos montos en el balance del mes; y nos mirábamos entre incómodos y socarrones. No le mencionamos

la incómoda situación a mas nadie; tanto por consideración al “profe” como para evitar meternos en líos. ¡Ah, los sutiles mecanismos psicológicos de la tolerancia social a la corrupción!

Fue impactante cuando leímos en un diario de circulación nacional los señalamientos de hechos administrativos irregulares en contra del gerente Hernández. No se refería a su estadía en el ministerio, sino a un cargo directivo anterior en otra institución oficial. Aun cuando él negó todo vehementemente; pocas semanas después ocurrió su silenciosa y repentina destitución (ningún superior del ministerio nos informó ni comentó nada al respecto; nadie pregunto nada tampoco). A pesar de sus grandes virtudes gerenciales, su “talón de Aquiles” fue esta debilidad “administrativa” ¿Dónde la aprendió? ¿Una manera errada de resolver las urgencias familiares?

Es inobjetable que caer en actos de corrupción es una decisión personal que toma un adulto en su sano juicio (en la inmensa mayoría de los casos); no se trata de justificarla achacándola a presiones familiares; mas, sin embargo, si agregamos al cúmulo de circunstancias que pueden tentar al funcionario (concentración de poder, vacíos legales, manejo de grandes sumas de dinero público, etc.), un conjunto de presiones y exhortaciones diarias, de parte de su familia y amigos, para que procure beneficios y ventajas para éstos (mas allá de las que le puede permitir su modesto sueldo), pues, sin duda que, las condiciones para un desempeño probo se tornarán aun mas difíciles.

Comparto la opinión de que la ***crianza familiar es decisiva*** en el desempeño futuro de los hijos. Sería injusto obviar los esfuerzos, la preocupación de los padres para inculcar a sus hijos virtudes y actitudes sanas moralmente; mas lo que queremos destacar es que junto a estas intenciones y consejos a favor de la honestidad, de “portarse bien”, incurrimos también, con frecuencia y sin percatarnos en ciertos consejos,

exhortaciones, que operan en sentido contrario. *"No te dejes joder de nadie"; "tienes que ser mas avisado que los demás; "como fulanito te hizo trampas pues ahora cóbraselas, hazle trampas también"* *"La familia es lo primero y luego son los demás"*, etc. Viene a ser como un "tira y encoje" entre dos bloques de fuerzas enfrentadas, una especie de buena conciencia y mala conciencia en la mente del muchacho. ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de este doble discurso familiar, de "ser bueno" frente a una práctica real en la que se privilegia actuar con picardía para lograr ventajas?

Otro episodio ocurrido en la oficina de Ingeniería Municipal puede ayudar a ilustrar esta contradicción moral. Habían llegado unos estudiantes adolescentes que querían ayuda para su trabajo de investigación de final de bachillerato. Les interesaba el tema ambiental. Con mucho agrado les ayudé y aproveché la oportunidad para darle consejos –con bastante vehemencia y entusiasmo– sobre la importancia que el desempeño honesto debe tener en el campo ambiental debido a las frecuentes presiones que tienen los funcionarios por los intereses de agentes privados y públicos. Me agradó mucho el grupo, su frescura juvenil y receptividad; especialmente, uno de aquellos chicos que mostró mucho interés haciendo preguntas y quien comentó formar parte del equipo de canotaje con remos del estado Miranda. Tiempo después tuve que actuar en el caso de un movimiento de tierras ilegal y nocivo, con deforestación en una zona verde del municipio. Como en otros casos similares, paralizamos de inmediato la obra y citamos al responsable de la actividad urbanística. Asistió un señor bajito, quien dijo ser arquitecto de profesión (no le pedí credenciales), de mirada apacible y tono muy cordial. Luego de ponerle en autos de la situación delicada en que estaba involucrado, le inquirí por qué no había pedido los permisos

correspondientes y pidió disculpas, alegando que no sabía que tenía que hacerlo (i!)

Cuesta mucho creer que un profesional universitario del campo urbanístico no sepa de la normativa legal vigente en su campo de trabajo. Y si sólo era un gestor, no sólo me estaría mintiendo con descaro, sino que tampoco se justificaría tal omisión administrativa. Insostenible su "pretexto". No se en qué momento, esta persona comentó -seguramente buscando benevolencia- que su hijo había estado en la alcaldía haciendo un trabajo del liceo, que era un muchacho muy bueno y un gran deportista de canotaje. Me quedé pasmado cuando supe que este infractor irresponsable era el papá de aquel jovencito inteligente, bonachón y de buenos modales a quien yo le había estado exhortando acerca de la importancia de respetar la normativa legal de protección del ambiente. Al final, el ciudadano referido tuvo que pagar la multa correspondiente e introducir correctamente el proyecto para su evaluación y eventual aprobación. Quedé muy decepcionado con todo aquello; me quedé cavilando, preguntándome de qué valía lo que yo le dijera a este muchacho y sus compañeros cuando, nada menos que su padre, hacía todo lo contrario, ocasionando desastres ambientales con la cara más cándida del mundo.

En algunos el germen de la corrupción ya comienza a manifestarse desde la época estudiantil. Me causa una impresión tremenda otro caso vívido de Malpica y Facundez, dos compañeros míos de la universidad. Todo el tiempo, mostraban ante los profesores unas actitudes muy expresivas de "chicos buenos y correctos"; bien hablados, aplicados y, excesivamente amables y diplomáticos con todos los profesores. Mas, entre nosotros se pavoneaban de una manera descarada por los pasillos: "*¡Miren aquí tenemos el trabajo final de Taller III!*", exhibiendo una copia de un informe técnico que habían obtenido "por debajo" con alguna

influencia en un ministerio. Y los tipos sacaban tremendas notas (¡hasta la máxima!) con sus flamantes plagios. Como eran “muy panas” (muy amistosos y hasta graciosos con todos) ninguno de nosotros los llegó a delatar.¹⁷

Años después, siendo profesor de la misma facultad donde me gradué, escuché el relato indignado de un colega quien, siendo funcionario en un instituto del Estado, fue víctima de una extorsión de parte de aquellos mismos bribones plagiarios, excompañeros de estudio. Le pidieron una alta suma de dinero para aprobar un informe de avalúo catastral que había introducido un amigo del profesor al instituto.

Cuenta mi colega que estos tipos, ya profesionales universitarios, adquirieron una “fama” tremenda por la inusitada riqueza personal que llegaron a alcanzar (varias quintas lujosas, terrenos, botes, etc.) desde su modesto (pero “estratégico”) cargo técnico, pues ni siquiera eran altos gerentes, solo peritos evaluadores de inmuebles rurales. Fue inevitable que me viniera a la mente el recuerdo de las triquiñuelas juveniles de este par. Le suelo contar este bochornoso episodio a mis jóvenes estudiantes de la universidad y les enfatizo, que la forma cómo uno actúe como estudiante se va a reflejar de algún modo en su futuro desempeño profesional.

A veces no entendemos cómo algunas personas pueden ser tan contradictorias. Rememoro a un gran amigo, ya difunto, docente brillante y abnegado, padre ejemplar, extraordinario amigo, trabajador servicial y tesorero como pocos he conocido. Mucho mayor que yo, era como un

¹⁷ Creo que ser “soplón” (delatar a un compañero) es para la mayoría de los jóvenes algo repudiable. En verdad, una solidaridad grupal cuestionable.

padre para sus amigos mas jóvenes y sus consejos eran muy pertinentes y sabios, en su mayoría; pero, precisamente por ello, recuerdo cuánta sorpresa y perplejidad me produjeron algunos inusitados consejos. En cierta ocasión, en la alcaldía recibí la denuncia de un pertinaz bote de aguas residuales aceitosas que caían sobre la calzada de la carretera principal de la ciudad. Al hacer la inspección detectamos que la fuente de la contaminación era un local de una conocida empresa de automóviles; citamos al representante, personalmente le atendí en la alcaldía y se le pasó por escrito la exigencia de Ingeniería Municipal de que corrigiera con prontitud el daño que estaba causando, so pena de ser sancionado. Como mi amigo era fanático de los autos y en especial de esa marca de autos le comenté el hecho y su comentario irónico fue inmediato: " ¡Tú si eres pendejo!" "Le tenías que haber pedido por lo menos un par de cauchos nuevos para tu carro". Siempre que se acordaba del asunto le comentaba, con picardía a sus hijos la anécdota de su ingenuo y excesivamente honesto amigo.

Que bueno que yo estaba muy claro en mi proceder y nunca llegué a seguir este "consejo". ¡Mas bien, lo tomaba en broma y le solía responder que "...! mi prestigio de años valía mas que un par de cauchos!". Creo que mi querido amigo lo hacía más por broma que en serio, porque en el fondo sabía de mi tozuda rectitud. Sin embargo, cuando pocos años después me contó que a uno de sus hijos lo habían botado del banco donde trabajaba porque había caído en una trampa que le montaron en la gerencia, inmediatamente, me vino a la mente el pícaro y reiterado comentario de mi amigo. Los bancos suelen poner a prueba a sus cajeros, con un sutil truco, colocándole dinero de mas para probar su conducta honesta. En efecto, al chico -según cuenta mi amigo- le apareció en la caja una cierta cantidad de dinero que no estaba contabilizado y él, "*haciéndose el vivo*", se lo guardó, y por supuesto, lo descubrieron. Nunca

se lo dije a mi amigo, pero cuando me contó el lamentable episodio pensé de inmediato ¿no habrán sido estos consejos "bromistas" de no ser pendejo, de aprovechar la ocasión en un cargo para procurar cualquier beneficio personal extra, lo que de algún modo influyó en la decisión errada del hijo?

¿Meros espectadores?

Es cierto que en estos tiempos hay mucha sensibilidad e indignación por los escándalos de deshonestidad pública galopantes que aparecen recurrentemente en los medios de comunicación latinoamericanos. Sin embargo ¿no prevalece en la mayoría una actitud de mera contemplación de un drama ajeno, cual "ver los toros desde la barrera"? Por supuesto que quien cobra una comisión fraudulenta o aplica una extorsión a un contribuyente es el responsable directo de sus actos. Mas, lo que quiero es llamar la atención hacia la muy extendida actitud de "mirar desde lejitos", como meros espectadores una corruptela que, al final nos daña a todos. Así, por ejemplo, es lamentable la pasividad cotidiana con la que muchas veces aceptamos con indolencia hechos irregulares como obras civiles (una acera, una fachada de edificio, etc.) mal construidas o en sitios indebidos; o, de gente que se nos "colea" delante, o no ceden el paso a peatones cuando les corresponde. Actos, que si bien, no nos parecen correctos tampoco nos llevan a tomar partido o reclamar, pues, "¿...para qué armar un escándalo por eso?" "total, no me está afectando directamente a mi"; "¿me voy a meter en líos que son de otro?, ¡qué va!". "Además, no sé cuándo necesite de esos tipos (los burócratas del gobierno); no vaya a ser que me los eche de enemigos si denuncio algo." Consecuencia de esta manera de pensar: indiferencia colectiva. Y así se alimenta con la indolencia, el mal que nos escandaliza y, que termina perjudicándonos a todos.

De manera inaudita, algunos corruptos resultan considerados casi héroes populares. El caso del cajero Cromwell Gálvez me parece emblemático. Este modesto cajero de un banco de Lima se hizo famoso a principios de los años dos mil por haber estafado varios millones de dólares al banco donde trabajaba, fortuna repentina y mal habida que le permitió, por varios años cumplir su sueño dorado de una *dolce vita* de veleidades eróticas y de “*pashá*” tropical. Pagó varios años de cárcel por su audaz estafa. Fue objeto de numerosos reportajes haciéndose famoso en el Perú de aquellos días.

Mas, leyendo sobre el caso me ha sorprendido la abrumadora cantidad de comentarios enaltecedores de las “hazañas “del cajero Cromwell Gálvez aparecidos en una pagina web que, paradójicamente, presenta una magnífica y crítica crónica del caso hecha por el periodista peruano Juan Manuel Robles (<https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2008/10/01/cromwell-el-cajero-generoso/>). Es cierto, que el relato estupendo deja en claro la moraleja del caso: el crimen no paga y utilizar el talento para burlarse de las instituciones no es algo plausible, todo lo contrario; incluso, el propio Cromwell admite en la entrevista que cometió un delito; pero, al pie del reportaje, en la sección de comentarios del público, aparece una retahíla variopinta de elogios y piropos al “inteligente, audaz, genial Cromwell” que conforman una especie de socarrona apología de la saga fraudulenta de este señor. Se dirá que con tales comentarios solo se trata de ironizar la “anécdota”; pero he allí donde vale reflexionar: exaltar la audacia, la inteligencia, el talento para robar “a esos banqueros ricos” ¿es simple humor negro, intrascendente? Esta costumbre muy nuestra de reivindicar jocosamente la picardía y la artimaña audaz no parece muy saludable cuando se trata de asuntos éticos de interés público. De algún modo, representan un sutil espaldarazo de tales actos y terminan,

soterradamente, echando más agua en el molino de la entronizada corrupción administrativa en nuestras instituciones públicas.

Los psicólogos han dejado en claro que si me veo fuera del problema que de algún modo me está afectando, que si asumo que todas sus causas son externas a mi (foco de atención externa), pues entonces, me convengo de que nada voy a poder hacer para ayudar a resolver el problema. De este modo, esta actitud colectiva de simples espectadores, aparentemente lejanos de la corrupción administrativa alienta la falsa creencia de que es poco o nada lo que podemos hacer para resolverlo, y con tal actitud, lo que hacemos es contribuir a agravar nuestra crónica dolencia social.

“Muchachos: Lo importante no es la corrupción, sino que se hagan obras”

Un profesor que tuve en un curso de posgrado, excelente orador y de muchos conocimientos, fue muy audaz y categórico en la clase de Gerencia:

“Es un craso error ponerse a pelear contra la corrupción. Siempre la habido y siempre la habrá. Lo realmente importante es que la gestión funcione, que la sociedad quede satisfecha con obras concretas (que se hagan hospitales, escuelas bien hechas) no importa si alguien cobra alguna comisión para sí en ello”;

Y sentenció, enfático: *“¡Es una tremenda tontería eso de estar persiguiendo a los corruptos; lo importante es que se resuelvan los problemas!”* ¹⁸

¹⁸ De nuevo, es oportuno aclarar, que fueron muchos los profesores excelentes y de hermosas lecciones tanto éticas como técnicas que tuve en este post grado y en general en la universidad. El caso referido lo hacemos con la intención de ilustrar el problema

No se si fue por el carismático estilo que combinaba sinceridad con humor (por lo general irónico); lo cierto es que, al momento, ni los mas polémicos llegamos a rebatirle semejante planteamiento en clase. Ya para entonces, me había ido de la alcaldía y me dije algo así: *"Este profesor como que tiene razón. Parece que he sido bastante pendejo persiguiendo corruptos para que después siga la corrupción y sólo me gane enemigos personales."*

En realidad, el argumento de aquel profesor expresa un modo de pensar y actuar bastante al uso en gran parte del mundo. Se ven obras públicas, la gente pues, contenta y yo me lleno los bolsillos con mis merecidas comisiones ¡Qué maravilla! pero, al mismo tiempo ¿No se va creando la encubierta costumbre? ¿No se va creando cierta "regla" paralela de prebendas obligatorias en cada escalón de la administración pública (alcalde, ministro, viceministro, director, hasta el fiscal, inspector, secretaria...) donde todos se terminan acostumbrando a recibir su porcentaje respectivo y, por tanto, a exigirlo también? El porcentaje se convierte en un "derecho" adquirido.

¿En cuánto se incrementan los costos de las obras y por tanto se recarga el presupuesto público con la cascada de porcentajes "mojados" en cada fase del proyecto? ¿me va interesar, entonces, como gerente público o como contratista que haya transparencia en los procedimientos? ¡ini de broma! ¿No son estas costumbres las que van creando toda una casta, una tradición acendrada de funcionarios venales y obras mediocres? *"Como yo te di una comisión, espero que tú seas complaciente conmigo; nada de inspecciones severas, persecuciones para que termine la obra a tal fecha o para que la obra tenga la extrema calidad que escapa a nuestro presupuesto limitado"*. ¿No es eso lo que ha venido pasando y

que estamos abordando, la manera como se cuelan las múltiples formas de justificar y tolerar este mal endémico de la corrupción en nuestros países.

sigue pasando? ¿Cuál es el costo total para nuestras sociedades de semejante proceder?

Es así que, al convertirse en una especie de norma oculta, informal este matraqueo impenitente escapa de hecho al control institucional, quedando su cuestionamiento o no a la discrecionalidad de los funcionarios de turno. Terrible debilidad institucional que subyace en el fondo de la recurrencia impertérrita de estas dañinas prácticas administrativas en nuestros estados.

Es muy cierto que actos de corrupción administrativa ocurren hasta en los países más avanzados económicamente. El punto clave es que **los países mas eficientes** -al igual que ocurre con otros delitos -**atacan, proscriben efectivamente la corrupción**, aun a sabiendas que no se acabará jamás por completo. De vez en cuando afloran en la prensa, escándalos de funcionarios públicos o empresas en EEUU o algún país europeo que han caído en procedimientos turbios... y que son castigados severamente.

El gran aporte de la escuela neoinstitucionalista en Economía ha sido precisamente que ha develado lo vital, decisivo de las instituciones en la economía y no solo en lo político o en lo moral. Las sociedades con estados eficaces han aprendido que **atacar de manera sistemática y efectiva la corrupción administrativa es un asunto tanto de moral como de economía**, porque a la larga resulta mas eficiente, menos costoso para el erario público, para las empresas y para el ciudadano común.

El lado privado del circuito corrupto

"¡Pórtese bien licenciado, pórtese bien conmigo, que yo después me porto bien con usted! Fueron las vehementes palabras del propietario de

una dinámica empresa arenera (extractora de arena); un señor ya pasado de los sesenta y cinco años de edad, corriendo con una agilidad admirable tras de mí, cerro arriba del talud de rocas amarillas, durante una inspección realizada debido a denuncias en contra de la empresa por descargas de efluentes residuales a un curso de agua natural.¹⁹

“¡Te voy a mandar a botar! ¡No sabes con quien te estás metiendo!”
Un exitoso promotor inmobiliario, acostumbrado a lograr sus ambiciosas metas “a como de lugar”, incluso amenazar a cualquier “necio burócrata” que ose entorpecerle sus negocios²⁰

Un hombre robusto, de mediana edad, muy bien vestido con elegantes ropas deportivas (de marcas reconocidas), hace ágiles malabares dentro de la agencia bancaria para lograr entablar una conversación por su celular, mientras burla con admirable astucia al vigilante, quien justo acababa de prohibirle a una señora que usara el móvil dentro del banco. Habla de negocios (infero que es un comerciante, por lo que dice en voz baja), impasible, sin dejar de contorsionarse con sutileza y precisión para evadir la mirada escudriñadora del vigilante. Me quedo preguntándome, si así se burla en publico de la autoridad, ¿cómo será en privado cuando se trata de “batirse” para hacer exitoso su negocio?

El todavía resonante escándalo de corrupción ligado a los presuntos sobornos de la empresa Odebrecht a importantes actores políticos a todo lo largo del subcontinente latinoamericano resalta como el mas grande caso de corrupción en la historia reciente del continente. Decenas de gobiernos, cientos de diputados, candidatos oficiales y opositores, a lo

¹⁹ Se le abrió averiguación administrativa por presuntos daños ambientales; se le ordenó medidas correctivas inmediatas; como no las cumplió cabalmente, fue multada la empresa y paralizada las obras temporalmente hasta que implementara las medidas mitigantes indicadas.

²⁰ Se trata del arrogante promotor urbanístico, referido anteriormente, con quien me topé mi primera semana como asesor ambiental del alcalde.

largo del subcontinente latinoamericano aparecen atrapados en la telaraña tejida por la ambiciosa urdimbre constructora.

Todos estos variados episodios, brevemente mostrados, tienen como protagonista central al **empresario privado**. Hacen referencia a la responsabilidad que también tienen nuestros empresarios en el problema de la corrupción administrativa. En éstos, además de virtudes indiscutibles, propias de quien ha forjado una riqueza y un nombre con esfuerzo, sacrificio y audacia, se solapan, con frecuencia, prácticas más rudas, oscuras, nutridas en el caldo cultural de la "*viveza criolla*".

No es fácil el asunto para el empresario. ¿Cómo superar a la competencia en un ambiente donde prevalece la corrupción? Si es muy respetuoso de los canales regulares, de los procedimientos formales correrá el riesgo de perder el contrato. Luego de ver los magníficos resultados de pagar sobornos, difícilmente va a dejar los "*camino verdes*" (atajos ilegales) a menos que sea descubierto y castigado por ello. De este modo, la práctica corrupta se vuelve parte de un lamentable *modus vivendi* de hacer negocios.

La perversa práctica de la coima también se nutre de la combinación cultural entre la actitud "agresiva", audaz que se inculca debe tener todo empresario en este mundo real (lleno de trampas y obstáculos) y, la mentalidad de "*viveza criolla*" muy propia del latino, "Hay que ser 'pilas' y aprovechar siempre las ocasiones", "si hay que mojarle la mano a alguien, pues se le moja", "*tranquilo, que todos tienen su precio*". Una forma de pensar y actuar que ha llegado a aceptarse como algo normal en nuestros países. ¡Y luego nos lamentamos de sus consecuencias!

En tal sentido, no sólo se trata de evitar que los funcionarios públicos sean refractarios a la tentación de los sobornos; hay que atacar el perverso círculo vicioso del que ofrece y de quien recibe; mientras sean

demasiados los contribuyentes y empresarios a los que no les importe utilizar mecanismos fraudulentos para conseguir favores de funcionarios del estado se seguirá alimentando el ciclo vicioso de la corruptela.

Es por esto que hace falta, junto a las sanciones penales a los culpables, ***trabajar la parte preventiva también en el lado privado***. Si, como ya vimos, es poco lo que se hace acerca de la preparación ética del funcionario público mucho menos se atiende en nuestros países la necesidad de una formación ética, en especial de los nuevos emprendedores.

Tal falencia ética es lo que evidencia el caso *Lava Jato*. La sorprendentemente extensa e intrincada trama de pago de “ayudas”, comisiones, sobornos de un extremo a otro del subcontinente latinoamericano señala la importancia crucial de ***trabajar la formación ética tanto de nuestros políticos como también de nuestros empresarios***.

La doble moral de algunos revolucionarios

Jefes de estado y de gobierno como Pepe Mujica, Angela Merkel, Michelle Bachelet, Barak Obama, entre otros destacados políticos nos muestran, con su ejercicio de gobernantes honestos, austeros y eficaces, que ser político y ser corrupto no siempre es lo mismo. Pero, la Venezuela de los tiempos chavistas aparece como mal ejemplo, en el otro extremo de la venalidad y la ineficacia gubernamental. ¿Por qué pasó todo este desastre? Hay muchísima literatura sobre este tema tan difícil y doloroso; no tengo la formación politológica como para pretender dictar cátedra al respecto. Tan sólo deseo aportar, como a lo largo de este breve ensayo,

mi visión desde mi experiencia personal, acerca de esta dura y aleccionadora etapa en la vida política reciente en mi país y su inevitable relación con el tema que nos ocupa, la corrupción administrativa.

Hay una anécdota que puede ejemplificar el drama que se avecinaba en la incipiente, en aquel momento, gestión de gobierno del presidente Hugo Chávez; historia achacada a la “camarada Lina Ron”, una fogosa y carismática dirigente popular (proveniente del tradicional barrio popular caraqueño La Vega), quien escaló vertiginosamente altas posiciones en el chavismo, y que muriera algunos años atrás de una enfermedad y, ahora, curiosamente, poco o nada mencionada por la actual dirigencia oficialista. El gobierno de Chávez llegaba con grandes expectativas, entre otras, de “acabar por fin con la nefasta corrupción que había campeado en la IV República” (dominada por “la derecha”); al parecer comenzaron a presentarse crecientes quejas internas sobre actuaciones poco honestas de algunos altos funcionarios. Muy preocupada por la situación, la camarada Lina ordenó hacer una averiguación al respecto. Los resultados la habrían dejado perpleja y decepcionada. Concluyó el balance con una sentencia: “*¡Camaradas, si metemos presos a los compañeros corruptos nos quedamos solos!*”

Aunque muchos no lo crean, doy fe de que he conocido unos cuantos revolucionarios honestos y muy sacrificados pertenecientes a las filas del chavismo.²¹ He podido ver el dilema entre revolucionarios honestos y

²¹ Baste mencionar la valiente oposición de la ex fiscal general Luisa Ortega (autodenominada representante del chavismo verdadero) al gobierno de Maduro; lo que le costó el cargo y una persecución encarnizada que la llevó a huir clandestinamente del país. Asimismo, la permanente crítica del grupo “Marea Socialista” liderada por Nicmer Evans; ex ministros de Chávez como Héctor Navarro, Jorge Giodarni, Elisa Febres, Roland Denis, entre otros, que luego de dejar sus altos cargos, además de hacer severas críticas acerca de supuestos actos de corruptela en el actual gobierno, siguen teniendo una vida bastante modesta; muestra de ello es que se quedaron en el país y, a algunos de ellos, los he visto a pie, sin guardaespaldas transitando por los pasillos de la universidad y el centro de Caracas.

revolucionarios tramposos. Lamentablemente parece que en la mayoría de los casos han terminado ganando los bribones.

Cavilando mas sobre el doloroso asunto de la moral de algunos ex camaradas comencé a recordar diversos episodios pequeños, aparentemente circunstanciales, que viví como joven militante revolucionario; así como también, algunas anécdotas contadas por otros compañeros acerca de ciertas conductas contradictorias de algunos camaradas jefes. Y vi una conexión entre el ayer romántico y el hoy decepcionante.

Creo que mi primera sorpresa en aquellos días de bisoña militancia revolucionaria fue la pícara propuesta de "*Bam Bam*" (un joven compañero, bonachón; cuyo físico peculiar, catire, muy alto, algo obeso pero musculoso recordaba al famoso niño de "Los Picapiedra" de la televisión), quien propuso, sin mas, tomar parte del dinero -que habíamos recolectado en los autobuses y calles, pidiendo apoyo de los usuarios y transeúntes "para las luchas populares y el movimiento estudiantil"-, para "*comprar curda*" (licor).

Recuerdo que la gente era muy generosa, quizás, motivada por nuestra juventud y entusiasmada retórica, sumado a esos tiempos de bonanza petrolera en el país (final de los años 70); por lo que, en pocas horas, llenábamos al tope unas cuantas latas de refresco, muy propicias como improvisadas pero prácticas alcancías. "¡Tu si eres dogmático!", me espetó con fastidio *Bam Bam*, ante mi rechazo rotundo y molesto a su desenfadada sugerencia. Al momento, como mas nadie lo secundó en su idea, no se habló mas del asunto; pero como él era el jefe del grupo, al final no sé si, desvió o no, parte de la recolectado antes de entregarlo al partido. Lo que también recuerdo, con mucha tristeza fueron los derroteros que tomó la vida de *Bam Bam* años después. Era un tipo

simpático, buena gente, con un don natural de líder; mas, su costumbre de "hacer trampas" siguió presente jugándole malas pasadas. Una amiga mutua me relató años después, que Humberto (el nombre de pila de *Bam Bam*) había ido escalando una buena posición en el campo de las encuestas de calle para empresas consultoras. Su éxito era grande y rápidamente llegó a ser el encuestador estrella de una firma reconocida, convirtiéndose en la "mano derecha" del coordinador principal, quien le ascendió al cargo de supervisor de encuestadores. Hasta el día que descubrió, con inmensa sorpresa, que su encuestador estrella falseaba por decenas las respuestas, y hasta cuestionarios completos. "*¿Por qué me hiciste esto Humberto?*" Le reclamó con dolor su jefe quien había confiado plenamente en el brillante muchacho simpático y de tanta iniciativa. La última triste noticia que tuvimos del camarada, años más tarde, fue que Humberto se había suicidado.

Otro relato que en aquellos tiempos de joven soñador revolucionario me sorprendió mucho, pero que mas tarde, me ayudó a comprender mejor el derrumbe del modelo soviético y sobre todo del drama de la Venezuela reciente con el chavismo-madurismo, fue el que me narró mi amiga Julieta (una suerte de "hermana de la vida" muy querida con quien compartí la militancia política) acerca de su desagradable experiencia como asistente de uno de los jefes máximos del partido. Julieta destacaba como una activa "cuadro" (dirigente de escalafón intermedio), muy seria y disciplinada. Tales dotes la llevaron al cargo (de mucho orgullo para un revolucionario) de asistente personal de Noris, una alta dirigente, miembro de la dirección nacional del partido. Al principio a Julieta le encantó su nueva labor; tener el honor de estar cerca de la plana mayor del partido; pero pronto se fue desilusionando.

Financiar una organización no gubernamental es tarea nada fácil; y si es de condición ilegal o semi-ilegal ²² y en abierta confrontación, incluso violenta, con el régimen político, es claro que la tarea económica de tales partidos es aun más dura. Aunque, por supuesto, nunca se nos daban detalles de los mecanismos que utilizaba el partido revolucionario para financiar su trabajo, era sabido que constituía un esfuerzo muy grande, en especial de los militantes que tenía la escabrosa y sacrificada tarea de realizar actividades ilegales que con frecuencia les ocasionaban la muerte, la cárcel y persecuciones feroces a ellos y sus familias.

De modo que se asumía de buena fe, que nuestros sabios y combativos líderes sabrían como administrar correctamente ese dinero tan ardua y peligrosamente obtenido. Mas, menuda sorpresa, en los escasos tres o cuatro meses (largos y tortuosos para ella) que mi amiga Julieta estuvo de secretaria de la camarada jefa Noris, vio como altos líderes montaban grandes comelonas con whisky importado, entremeses finos y caros para amenizar las reuniones revolucionarias. La camarada dirigente se regodeaba hablando de sus magníficos viajes por Europa en plan de "*captar alianzas para la revolución*". El despilfarro y la ostentación era lo que veía Julieta por todas partes. Asqueada de todo aquello entró en una depresión y pidió encarecidamente la relevaran de aquella decepcionante tarea; lo que logró con la "sanción" impuesta de que debía, entonces, dedicarse a crear, nada menos, que el frente obrero del partido en Caracas, que no existía como tal. Labor extraordinaria, que me consta, cumplió exitosamente la joven camarada (pero, esa sería otra historia).

Cuando, años después mi amiga me contó su frustrante experiencia como secretaria de la dirección del partido concluimos que se trataba de

²² Un "frente" del partido realizaba actividades de propaganda y organización de masas permitidas a medias por el gobierno; pero otro era clandestino, pues reivindicaba explícitamente la lucha armada contra el *status quo* imperante en el país.

una lamentable debilidad personal de aquella camarada líder; una "debilidad pequeño burguesa" como decíamos en aquel entonces. Hoy día, creo que en realidad, era mucho más que eso; algo que ya lo había alertado clarito George Orwell en "*Rebelión en la Granja*", el vil engaño del "Gran Hermano". Combínese una doctrina cerrada, intransigente con una forma autoritaria, vertical y nada transparente de tomar decisiones; no consultiva con las bases, sin rendir cuentas ni aceptar críticas ni réplicas; y, tendrá un nocivo *cocktail* donde "*el que parte y reparte se queda con la mejor parte*". En el caso venezolano contemporáneo la combinación de este modelo político cerrado y populista con la magnitud insólita de billones de dólares del estado, desataría en vorágine el nefasto festín oficial de las décadas recientes.

Cuánto hay de herencia del estalinismo (ideología pragmática con doble moral, una para el pueblo y otra para la alta dirigencia), cuánto de las costumbres políticas enraizadas desde el período colonial español; qué tanto de aderezos mas vernáculos como la "*viveza criolla*" ("este mundo es de los avispados, no de los pendejos") y el favoritismo "*clánico*" (privilegiar el círculo cercano de familiares y amigos por encima de los demás). Es inevitable no pensar lo engorroso, cuesta arriba de cambiar tales hábitos dañinos, tan enraizados; pero la estimulante experiencia austera y honesta (poco mencionada, curiosamente) de presidentes como Pepe Mujica en Uruguay y, también -a pesar de las válidas críticas sobre algunas actuaciones en materia social- de Michele Bachelet en Chile (reelecta, sin acusaciones de corrupción en su contra, lo que no es poca cosa en el desprestigiado sector político latinoamericano) evidencian que sí se puede actuar de manera proba, sana y eficaz en el gobierno de los países del subcontinente latinoamericano.

La asignatura Moral y Cívica una oportunidad poco aprovechada

El contenido y la manera como se imparten en la escuela y el liceo (niveles de primaria y secundaria) las asignaturas referentes a la ética y la moral ciudadana (en Venezuela "Moral y Cívica" y "Formación Ciudadana") representan una oportunidad para ganar ciudadanos con ética o, por el contrario, de propiciar personas apáticas con relación a la probidad de las instituciones públicas. Este es un tema polémico que suele suscitar opiniones contrarias, pero que tiene mas relevancia de la que con frecuencia se le otorga.

Algunas personas manifiestan con orgullo el honor y la suerte de haber disfrutado gratas y enriquecedoras enseñanzas en estas asignaturas de "Moral y Cívica" en sus tiempos escolares. Clases dirigidas por docentes que han dejado un bonito recuerdo y, además, un valioso refuerzo moral en ellos. En mi caso, la recuerdo como una de las asignaturas mas fastidiosas e insulsas que tuve. Aun cuando fui un estudiante aplicado (de buenas calificaciones, un promedio de 19/20 en primaria y de 16/20 en secundaria, ambos en instituciones públicas) y que solía encontrarle sentido y hasta fascinación a materias, tenidas como tediosas por muchos, tales como Historia Universal, Historia Patria o Geografía; mas, no sé por qué razón, "Moral y Cívica" casi la detestaba. No hubo manera de que me entusiasmara; ni siquiera, cuando el mismo profesor que nos daba Historia o Lenguaje dictaba aquella asignatura ciudadana. Sin duda, ha habido mejoras desde aquellos lejanos años 70 de mi liceo; pero, a juzgar por la opinión de mi hijo (un joven de 21 años) y algunos de sus compañeros de estudios, sigue siendo una asignatura obligatoria, pero, aburrida y lamentablemente intrascendente.

En cualquiera de los dos extremos, materia fastidiosa para unos o, de gratos recuerdos para otros, ***estas asignaturas cívicas tienen mas***

efectos a largo plazo del que se suele suponer y, lo más preocupante es que un tema vital para enfrentar la corrupción administrativa sea rechazado, por aburrido e irrelevante, por parte de nuestros jóvenes futuros ciudadanos en formación.

Se requiere un cambio radical en este sentido. En lugar de aprovechar esta única oportunidad para templar las jóvenes mentes y corazones en torno a la *idea-sentimiento*²³ del desempeño honesto y eficiente en las diversas labores que como personas les toque desempeñar; por el contrario, se pierden esos especiales momentos escolares en una modorra insoportable que, paradójicamente va dejando un subrepticio y negativo mensaje: *"Esto de la moral ciudadana es pura paja"; "...el respeto de las leyes, el cumplimiento de los deberes, los derechos de las personas... ¡que ganas de perder el tiempo en cosas tan aburridas!"* ¿No son graves las consecuencias de tan lamentable encuentro de nuestros chicos con el delicado y vital tema de la ética?

Resulta interesante la especie de "compensación subsidiaria" que, de manera espontánea, llevan a cabo algunos docentes. Me refiero a una sutil pero enérgica intervención educativa de otros maestros y profesores que no son precisamente los que dictan las referidas asignaturas ciudadanas. Recuerdo -con mucha frecuencia, todavía- a una de mis maestras de sexto grado de primaria encargada de Ciencias Naturales; cuán vehemente y pródiga era en sus consejos y exhortaciones en cada clase sobre la importancia de que fuéramos personas responsables y de actuar con honestidad y respeto hacia las otras personas. También tuve algunos profesores (no la mayoría, sin embargo) que, haciendo interrupciones breves, en sus clases de Matemáticas, Comercio, Historia

²³ Creo que la ética, la actitud responsable y honesta ante el resto de la sociedad, no es asunto solo de ideas racionales, sino que comporta, de igual modo, **un sentimiento, una pasión** por actuar con justicia y respeto hacia los demás y a uno mismo. Por eso hablo de la idea-sentimiento de una actitud ética del ciudadano.

Nacional, (entre las que recuerdo) aprovechaban cualquier oportunidad para hacer interesantes comentarios, sentidos llamados y atentos consejos para que fuéramos "*mejores personas en la vida*". Gestos, que les agradezco mucho; pues considero que reforzaron la severa y permanente orientación ética que mis padres, en especial mi madre, inculcaron a sus cinco hijos.

Quizás se haya anquilosado con el tiempo, la "buena intención" inicial que hubo con estas asignaturas éticas en la escuela y el liceo, debido a los avatares de tanta inconstancia institucional concomitante a la inestabilidad política que hemos padecido en gran parte del subcontinente latinoamericano; pero, es oportuno reiterar un llamado vehemente **a las instituciones educativas** para que se rescate el valor que a largo plazo tiene la inclusión continua de **un discurso escolar reivindicador del comportamiento ético del ciudadano, reforzado con ejemplos prácticos** y, en especial, **el rol clave de este tipo de asignaturas de formación moral en la prevención masiva de la corrupción pública** y, que por lo tanto, se estimule, se resalte el trabajo de los profesores de las áreas cívicas, vistas en general como secundarias en los *pensa* de estudios. Con un esfuerzo combinado de los docentes de aula y los planificadores educativos podemos mejorar sustancialmente la enseñanza y la formación ética de nuestros futuros ciudadanos.

Epílogo

Una fila de personas sale de la taquilla y llega, unos veinticinco metros más adelante, hasta el estacionamiento en la entrada del edificio municipal. "¡Con mi alcaldía, yo si pago con orgullo mis impuestos!" responde enérgica una señora al final de la hilera, al comentario de un conocido por lo largo de la cola. Hoy día parecería ésta una imagen insólita, ciudadanos entusiasmados al pagar sus impuestos municipales. Aquel momento fue para mi la grata constatación de que el esfuerzo de varios años de aquel equipo "quijotiano" liderado por el alcalde Armando Lozano había tenido algunos buenos frutos.

El último día como funcionario municipal en aquella alcaldía tuve la mas hermosa despedida, cónsona con esta pequeña, pero espiritualmente inmensa aventura personal; fue en las breves e informales palabras que con tono apesadumbrado me dijera ese día un anciano y simpático vecino de nombre y acento "musiúes" Donald Diquez "*¿Cómo es eso que te vas Wilfredo?, isi tu eres el alma de (la Dirección) de Ingeniería!*". ¿Qué mas medalla o condecoración que semejantes palabras tan espontáneas? No era simple adulancia, pues, ya sabía él que yo estaba fuera. Otra vecina, esa misma mañana hacía caso omiso a mi aclaratoria que ya no podía ayudarla con un problema urgente que tenía con la contaminación de unas aguas residuales en su vecindario:

-Es que ya no soy no soy funcionario de la alcaldía, amiga, iya me fui!

Pero, no había manera, ella seguía insistiendo:

- ¡No importa Wilfredo, procura ver qué puedes hacer para ayudarnos!...

Hubo un tiempo en que, en Venezuela era un orgullo trabajar en organismos públicos como el "Banco Obrero" (quien construyó a lo largo y ancho del país viviendas para los trabajadores del Estado), el INOS (Instituto Nacional de Obras Sanitarias) o el MOP (Ministerio de Obras Públicas) que dotaron al país de una infraestructura hidráulica y vial que, aún todavía, es puntera en el subcontinente latinoamericano. Puedo decir también con satisfacción profunda que es un gran orgullo para mi haber trabajado y bregado con toda aquella gente, vecinos y compañeros de trabajo. Como decimos los venezolanos en eso "*nadie me quita lo bailao*"

Ese orgullo y esa admiración nacional hacia estos organismos públicos en parte se debía a la inobjetable probidad, además de gran eficacia, de sus funcionarios en todos los niveles. Todavía, el flagelo de la corrupción no había dañado a tantos entes oficiales del país.

Si además de la baja incidencia en la solución efectiva de nuestros problemas se agrega la descarada venalidad en el uso de los fondos nacionales, no puede sorprender tanto rechazo y hasta desprecio que padecen nuestros devaluados organismos gubernamentales. Urge darnos cuenta de que si no ***atacamos a fondo como sociedad el problema de la corrupción administrativa***, éste seguirá minando la inestabilidad política y económica de nuestros países.

¿Cuánto pesan los años, décadas y más, de prácticas institucionales y sociales corrompidas, unas y, propiciadoras de la corrupción, otras? Quizás tanto, que por ello posiblemente se vea tan difícil el cambio cultural imprescindible hacia una mejor salud institucional en nuestros países latinoamericanos. Sin embargo, naciones hermanas como Uruguay y Chile dan ejemplos interesantes y esperanzadores al respecto. En el otro extremo, los veinte y tantos años de revolución chavista en Venezuela hacen temer por la entronización perversa de la corrupción, la ineficiencia

y hasta la más crasa ineficacia en nuestras ya fallidas instituciones previo a la oleada neopopulista autoritaria.

Tenemos como sociedad que “*cambiarnos el chip*” en relación con esta crónica enfermedad de la corrupción administrativa. Fundamental es pasar de meros espectadores de los escándalos intermitentes, percibidos erróneamente como algo lejano y sin mayor incumbencia con nosotros; darnos cuenta que también con esa mentalidad y actitudes pasivas ***somos parte del problema***, cómplices silenciosos del reforzamiento de la improbidad pública. No olvidar que en el doméstico y querido mundo de nuestras familias y amigos es donde se van fraguando, de manera decisiva, los insumos para el desarrollo de los escándalos con el patrimonio público o, por el contrario, donde se activa y permanece el antídoto efectivo contra este flagelo que obstaculiza nuestro desarrollo.

Debemos presionar asertivamente a nuestros políticos y empresarios para que adopten y respeten las normas institucionales de carácter ético. Asumir que la moral y la ética no son temas anticuados ni palabrería vacía, sino que, al contrario, su carencia nos cuesta demasiada pérdida de riqueza tanto material como espiritual. Por más tecnologías de la era digital (indispensables, sin duda) que usemos, por mas crecimiento económico momentáneo que se logre; todo será insostenible sino se apoya en una conducta colectiva, masivamente proba y no algo que sólo practican algunos “bichos raros”.

Todo lo avanzado con la denuncia y sanciones de escándalos develados como el *Lava Jato*; así como también ejemplos enaltecedores de algunos altos funcionarios probos y austeros nos indican que si hay avances apreciables reales en Latinoamérica; pero, se trata de pasar de actos aislados, personales y de convertir el desempeño honesto en una segunda naturaleza del ser latinoamericano. Ciertamente que es nada fácil;

pero ¿acaso no es también algo imprescindible para avanzar hacia una verdadera estabilidad política y hacia la prosperidad económica no esporádica, sino sostenible? El reto es que cada uno ayudemos desde el rol que nos ha tocado vivir en este maravilloso lado del mundo en la obligante tarea de la sanación institucional que necesitan nuestros países.

